
Diez
Edictos
Para no enamorarte
de tu
Prometido
ZOE SCOTLAND

10 EDICTOS PARA NO ENAMORARTE DE TU PROMETIDO

ZOE ESCOTLAND

Copyright © MAYO 2025 ZOE SCOTLAND

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
10
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Books By This Author

10

EDICTOS PARA NO ENAMORARTE DE TU

PROMETIDO

Prólogo

Bath, Londres 1812

Qué insólito era toparse con gente dada a realizar declaraciones de amor serias. Y con lo de serias me refiero a declaraciones de amor verdadero. Aunque más extraño aún era que algún caballero se atreviese a declararse a Daniela Everly.

Porque si algo tenía claro Daniela Everly a sus diecinueve años de vida, era que el amor era el pasatiempo favorito de los insensatos. Y ella, por supuesto, no era uno de ellos.

Su madre, sin embargo, no opinaba lo mismo. Lady Everly aseguraba que el amor era una bendición, una brisa primaveral que lo envolvía todo de alegría y perfume de rosas, pero Daniela solo veía en él un huracán devastador. El propio mal en forma de espada que podía hacer morir a todas las personas que acabaran amando. Su propio hogar era la prueba viviente de ello: la repentina muerte de su padre había dejado a su madre en un estado lamentable, presa del dolor y la melancolía.

Y por si aquello no fuera suficiente para dejarlas hundidas al completo, ahora su tío, lord Reginald Everly, había decidido irrumpir en sus vidas como un cuervo hambriento de poder. Decidido a comerse sus tripas si hacía falta.

—Es su derecho —había dicho su madre con resignación cuando la carta del tío Reginald llegó a Bath, anunciando su inminente aparición—. Es el hermano menor de tu padre, después de todo.

—Un hermano al que mi padre detestaba —señaló Daniela con sequedad, arrojando la carta sobre la mesa del salón—. Madre, debemos ser realistas. Este hombre no viene a ofrecer consuelo ni a encargarse de nosotras. Viene a tomar la casa, el título y a dictarnos hasta cómo debemos respirar. En el caso de que nos lo permita.

Su madre suspiró. Y cuando lady Everly suspiraba, significaba que estaba a punto de sugerir algo que a Daniela no le iba a gustar.

—Tal vez, querida, la solución sea... que encuentres un buen esposo.

Ahí estaba el fatídico plan de su madre.

Daniela se puso en pie de un salto.

—¡No pienso casarme para huir de un problema! Además de que ya sabes lo que opino del amor.

—Oh, no lo veas así. No se trata de huir, sino de tomar decisiones inteligentes. Encontrar un marido no significa renunciar a tu independencia. Ni arruinar tu vida.

Daniela resopló. Aquello era ridículo. Casarse significaba precisamente eso: renunciar a su libertad para quedar bajo la autoridad de un hombre. Además, ¿cómo iba a encontrar un marido en tan poco tiempo? ¿Y si terminaba con un viejo decrépito con aliento a arenque?

No, de ninguna manera. Asi es que se limitó a negar con la cabeza.

Su madre debió de notar el pánico en su rostro porque, con una sonrisa llena de dulzura, añadió:

—Tal vez, podrías casarte por amor.

—Madre —Daniela la miró fijamente a sus ojos—, el amor es una farsa. No digo que no exista, sería una necia si me atreviese a pensarlo después de haber vivido en esta casa junto a vosotros, pero solo trae que tristeza. Y eso, no puedes negarlo.

—Oh, querida, claro que no. No vuelvas a decir eso.

—Dígame, madre, ¿acaso el amor no la ha dejado destrozada? ¿No siente que le falta una parte de su ser para continuar con su vida?

El rostro de lady Everly se ensombreció, pero no discutió. Y eso fue suficiente para que Daniela sintiera que todavía no había ganado aquella conversación.

Porque en el fondo, sabía que su madre no se rendiría tan fácilmente.

Y tenía razón. Porque dos semanas después, los primeros candidatos a esposo comenzaron a aparecer como setas en otoño.

Incluyendo a su vecino.

Y él, por desgracia, era peligroso. Muy peligroso. Porque cumplía con demasiados requisitos como para hacer tambalear sus principios.

Principios que estaban a punto de convertirse en diez edictos inquebrantables para no enamorarse de su prometido.

Capítulo 1

El día había llegado.

Daniela Everly abrió los ojos aquella mañana con una extraña sensación de que algo malo iba a pasar. Como si el universo le estuviera advirtiendo que algo terrible se avecinaba. Y, para su desgracia, el universo tenía no se equivocaba.

Su madre la esperaba en el salón después del desayuno, con las manos entrelazadas en el regazo y una expresión que oscilaba entre la resignación y el temor. Aunque había más de lo segundo. Sí, bastante más.

—Hija, ha llegado el día —anunció Elizabeth Everly con un tono de voz suave.

Daniela no necesitó preguntar de qué se trataba. Su tío, lord Reginald Everly, llegaría después del almuerzo. El hombre que, tras la muerte de su padre, había reclamado el título de barón como si fuera el trofeo de una guerra largamente esperada para él. Y no era nada extraño, pues ese año de edad que les separaba había sido el único motivo para que lord Reginald no hubiese sido quien heredara el título.

Respiró hondo. Se permitió cinco segundos para procesarlo, y luego asintió con firmeza.

—Muy bien. Entonces será mejor que nos preparemos.

Elizabeth parpadeó, sorprendida por su falta de objeción.

—¿Eso es todo? ¿No vas a protestar?

—¿De qué serviría? —Daniela se encogió de hombros—. No podemos cambiar la ley ni la ambición de mi tío. Así que no nos queda más que hacerle frente.

Su madre emitió ese suspiro temerario, y aquel fue un gesto que Daniela conocía demasiado bien. No era simple cansancio, era un preludio de algo más, de palabras que seguramente no le gustaría escuchar. Así es que ella esperó para oír las palabras de su madre.

—Daniela, lo he estado pensando, y como ya te había comentado… Creo que seriamente deberías…

Daniela cerró los ojos por un breve instante. No quería escuchar lo que venía a continuación.

—Podrías casarte ya.

Exacto. Ahí estaba la idea fatídica de su madre de nuevo.

Daniela abrió los ojos y miró a su madre con la misma paciencia con la que se observa a un niño que acaba de sugerir algo completamente irracional.

—¿Casarme ya? Veo que no hay suficiente con que te haya dicho que lo pensaría, ahora además de eso deseas que sea pronto. De inmediato si me atrevo a adivinar.

—No es una idea descabellada, hija —continuó Elizabeth—. Si encuentras un esposo respetable, un hombre con una buena posición, ya no estaríamos bajo la tutela de Reginald.

—¿Y cuál es el precio de esta brillante solución? —replicó con tono seco—. ¿Mi libertad? ¿Mi dignidad?

—Oh, Daniela, no exageres. No todos los matrimonios son condenas.

Daniela apretó la mandíbula.

—Dígamelo usted, madre. ¿Cómo se siente sin padre?

El rostro de Elizabeth se ensombreció, y Daniela sintió un pinchazo de culpa, pero no lo suficiente como para retractarse.

—Yo le diré cómo —continuó con frialdad—. Se siente vacía, destrozada. Como si la hubieran dejado sin aire y sin propósito en la vida. Estoy segura de que hubiera preferido que un carro con seis caballos la pisoteara.

Su madre apartó la mirada, pero Daniela no se detuvo.

—¿Y sabe por qué? Porque lo amaba. Porque el amor es una trampa mortal ya se lo dije. Un sentimiento cruel que te eleva hasta las nubes solo para dejarte caer en la miseria cuando desaparece. Oh, sí, ¡porque siempre desaparece! Desaparece, siempre ocurre.

Elizabeth inhaló con suavidad, como si estuviera tratando de reunir paciencia.

—No todos los matrimonios terminan en tragedia, querida.

—Pero todos terminan. Ya sea por traición, por desamor o por la muerte. Y yo no pienso pasar por eso.

El silencio que siguió fue difícil. Daniela sabía que su madre quería discutir más, pero también sabía que no lo haría. Porque Elizabeth entendía mejor que nadie el miedo que su hija sentía. Pero de repente, sonó la voz tímida de Daniela.

—De acuerdo, me casaré tan pronto como pueda. Pero entienda que antes debo estar segura de hacerlo con alguien a quien jamás pueda amar. Alguien a quien jamás pueda echar de menos en el momento en el que se marche, ya sea de mi lado, o de este mundo.

Su madre se sorprendió al escucharla, pero lejos de rebatir esos pensamientos negativos que ocupaban su cabeza, por miedo de que se echase atrás, al final, su madre solo le dio un consejo:

—Si vas a hacerlo, al menos elige a alguien con quien compartas cosas en común.

Daniela soltó una carcajada irónica al escucharla.

—Oh, madre, lo haré por usted. Me casaré, pero no espere que me una a alguien por amor.

Elizabeth bajó la mirada y, con tristeza en la voz, respondió:

—Solo espero que algún día cambies de opinión.

El ambiente en la casa Everly se tensó cuando el carruaje de lord Reginald cruzó las rejas de la propiedad.

Daniela, de pie junto a su madre en el vestíbulo observó al hombre descender con la arrogancia de alguien que siempre ha creído que el mundo le pertenece. Y en esta ocasión había conseguido más que nunca: un título y todo lo que arrastraba el apellido.

Era alto, delgaducho, seguramente por ese vicio asqueroso de beber coñac a todas horas. Su rostro lucía facciones angulosas y ojos oscuros, cargados de juicio y ambición. Sin olvidar las ojeras

color verdosas que se situaban bajo sus ojos y que le hacían especialmente terrorífico. Tal y como lo recordaban.

—Cuñada —saludó con una inclinación de cabeza simple y seca. Su mirada pasó rápidamente a Daniela—. Sobrina qué gusto verte.

Daniela respondió con la misma frialdad.

—Lord Reginald.

El hombre no perdió demasiado de su tiempo en la cordialidad. Apenas entró en la casa, exigió ver las cuentas de la familia.

Dos horas después, tras revisar cada libra gastada, dejó escapar un bufido de desaprobación.

—Esta administración es inaceptable —declaró, cerrando el libro de cuentas con un golpe seco—. Habrá recortes inmediatos.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Recortes?

—Especialmente en los gastos para la temporada social de este año —añadió lord Reginald con una sonrisa ladina—. No tiene sentido despilfarrar en vestidos y bailes. Jamás entendí que mi hermano fuese tan consentidor con vosotras.

Daniela sintió cómo la ira se acumulaba en su pecho, pero fue su madre quien habló primero.

—Quizá esa no sea la mejor área para ahorrar.

Lord Reginald alzó una ceja, burlón.

—¿Ah, no? —preguntó él con algo de diversión en su tono.

—No, porque Daniela ha decidido casarse esta temporada.

El silencio que cayó sobre la habitación fue absoluto. Denso, frío, escalofriante podría decirse. La habitación pareció bajar al menos diez grados de temperatura.

Daniela sintió el peso de la mirada de su tío, analizando cada palabra, y se obligó a mantener la compostura.

Finalmente, Reginald sonrió con evidente satisfacción.

—Entonces esperemos que encuentre un hombre dispuesto a aceptar su carácter. No le resultará nada fácil. Y si desea algún consejo, o necesita de mi aprobación ahora que no está su padre, aquí me tiene.

Daniela le devolvió la sonrisa con la misma ironía.

—Oh, no se preocupe, tío. Lo haré. Encontraré un hombre que me acepte tal cual soy. Pero usted no se preocupe por nada con respecto a mi compromiso.

Capítulo 2

El Royal Crescent estaba tan animado como siempre. Carruajes adornados iban y venían, las damas paseaban luciendo sus vestidos más refinados y coloridos dando paso a la primavera, y los caballeros inclinaban la cabeza con sonrisas más que elegantes, pues estaba todo perfectamente preparado. No solo las señoritas buscaban esposo, sino que los caballeros necesitaban de ellas para continuar con su legado. Asi es que aquel era el mejor escaparate para encontrar marido, ya que en Bath no importaba tanto quién eras, sino quién te veía serlo, y lo más importante, con quién.

Daniela caminaba a paso tranquilo, disfrutando de lo que le quedaba de libertad antes de que su tío empezara a oprimirlas con su presencia. A su lado, la señorita Parker avanzaba con la mirada afinada y el oído atento a cualquier comentario interesante. Era su dama de compañía, y la que debería de encargarse de encontrarle un buen marido. Si no fuera porque Daniela Everly ponía más objeciones a ello que a su propia existencia.

—Dicen que la señora Holloway ha contratado a un nuevo cochero —susurró la dama de compañía con un leve toque de cotilleo—. Uno muy joven. Demasiado joven, seguro que entiendes a qué me refiero. ¿Verdad?

Daniela esbozó una sonrisa, pero apenas estaba prestando atención. Su mente aún estaba procesando la decisión que había tomado esa misma mañana. Iba a casarse. Maldición, iba a casarse.

No por amor, por supuesto. No iba a caer en esa trampa. Eso ella lo tenía bien claro.

Pero iba a elegir un esposo. Uno adecuado, estable y, sobre todo, aburrido. Eso era incuestionable.

Y entonces lo vio.

El ambiente pareció tensarse a su alrededor cuando sus ojos se encontraron con los de Howart Redcliffe, vizconde de Ravenshire. Y vecino desde siempre.

Él avanzaba en dirección contraria, con el porte relajado. Ese andar que le caracterizaba, ese que decía a gritos que jamás ha sentido vergüenza en su vida. Alto, impecablemente vestido y con esa superioridad en su rostro que daba la impresión de que el mundo entero era suyo.

Su cabello oscuro estaba revuelto de manera deliberada, como si hubiese pasado la noche haciendo algo que prefería no explicar. Y quizá lo había hecho. Porque, según los rumores, Howart Redcliffe había escapado por la ventana de la casa de los Farington a altas horas de la madrugada.

—No lo mires —murmuró la señorita Parker, aunque ella misma estaba observándolo de reojo—. Dicen que después de que saltó, se escuchó un disparo. Algunos aseguran que fueron dos.

Daniela intentó mantener la compostura.

—¿Un disparo? —se asombró.

—Un rifle —añadió Parker con tono solemne—. Se rumorea que el señor Farington intentó cazarlo como si se tratase de un ciervo.

Daniela tuvo que reprimir una carcajada.

—Eso es ridículo.

—No más ridículo que ver a la hija menor de los Farington suspirando por él en cada baile —añadió Parker con una expresión de pura desaprobación—. Todos lo niegan, pero a la vez toda Bath sabe lo que es ese hombre.

Daniela no necesitaba que se lo dijeran. Todo Bath conocía la reputación del vizconde de Ravenshire. Era un sinvergüenza. Un libertino sin remedio. Un hombre que veía a las mujeres como un simple entretenimiento pasajero. ¡Un peligro!

Y, para su eterno fastidio, también era su vecino.

Lo último que necesitaba ahora que había decidido buscar esposo era cruzarse con Howart Redcliffe y su maldita sonrisa de

superioridad.

Pero, claro, la vida nunca le daba lo que quería.

Porque él también la había visto.

Y apenas un segundo después, una fracción de tiempo insignificante pero fue suficiente, Howart inclinó la cabeza con un atisbo de diversión en su mirada, como si leyera todos sus pensamientos y encontrara una absoluta delicia en ellos.

Daniela sintió un escalofrío de irritación recorrerle la espalda.

—No tiene vergüenza —murmuró.

—Ninguna —confirmó la señorita Parker—. Y dudo que la adquiera en el futuro. Lleva impresa la marca de los rebeldes en su rostro.

Daniela apartó la vista y se obligó a seguir caminando. No tenía sentido perder el tiempo en alguien como él.

No ahora que estaba decidida a encontrar un esposo decente. Un hombre serio. Honorable. Respetable. Todo lo que Howart Redcliffe no era.

Y, sin embargo, ahora su corazón latía un poco más rápido de lo normal después de verlo.

—Ridículo —se susurró a sí misma.

Y no pensó en él de nuevo.

O al menos, eso intentó.

Esa tarde, cuando Daniela regresó a casa, encontró a su madre esperándola con una carta en las manos.

—Ha llegado la primera invitación de la temporada —anunció Elizabeth Everly con una sonrisa.

Daniela tomó la carta y la abrió con cautela.

—¿De quién es?

—De los Wentworth. Han organizado una cena para este viernes.

Daniela asintió con aprobación. Era el lugar perfecto para empezar su búsqueda.

—Bien, entonces iremos —dijo.

Su madre la observó con atención.

—Daniela, quiero que me prometas que, al menos, intentarás divertirte.

Daniela dejó la carta sobre la mesa.

—No voy a buscar diversión, madre. Voy a encontrar un esposo.

Elizabeth suspiró.

—A veces, querida, una cosa lleva a la otra.

—Pues entonces espero divertirme buscando esposo, pero no me divertiré jamás con mi futuro esposo.

No tenía intención de divertirse, eso ya había quedado claro.

—Por favor…

—No te prometo nada —le dijo y se dirigió a la calle de nuevo—, ahora vuelvo.

Cuando se encontraba nerviosa había aprendido que lo único que calmaba su ansiedad era la lectura, así es que se dirigió a la librería. Ella solo quería una tarde tranquila en la librería de Milsom Street, donde los libros eran su refugio seguro. Pero, claro, la paz era un lujo que Bath no le concedía siempre que ella quería.

Porque justo allí, apoyado con desfachatez en uno de los estantes y hojeando un libro al revés, estaba Howart Redcliffe.

Ella intentó ignorarlo, fingir que no lo veía, pero él sí la vio a ella y no parecía que quisiera ignorarla.

—Señorita Everly —saludó con voz perezosa, como si decir su nombre le divirtiera demasiado—. Qué sorpresa encontrarla aquí.

Daniela alzó la barbilla y continuó explorando los títulos sin mirarlo.

—No lo es en absoluto. A diferencia de usted, yo sí tengo interés en la literatura. Y suelo venir muy a menudo.

—Oh, yo también —dijo él, cerrando el libro de golpe con una sonrisa felina.

—Pues permítame que lo dude, no le he visto nunca por aquí. ¿Dígame cual suele ser su lectura?

—Por ejemplo, me interesan los anuncios matrimoniales que se publican cada poco tiempo.

Daniela sintió un golpe de calor en la nuca. Maldito Bath y su costumbre de esparcir rumores a la velocidad del rayo.

—No necesito su opinión —le dijo ella.

—No se la estoy dando —respondió con falsa inocencia él —. Pero Bath es pequeña, y las noticias vuelan.

Ella entrecerró los ojos.

—Y los escándalos también. Vaya con cuidado la próxima vez —le dijo Daniela mirando a sus ojos.

Howart sonrió como si acabara de encontrar un pasatiempo placentero.

—Ah, ¿entonces ha escuchado el último? —pronunció cada palabra con un toque de diversión.

Daniela se cruzó de brazos y se giró hacia él, evaluándolo como si fuera una especie de criatura exótica, y también molesta.

—Dicen que lo vieron saltar desde la ventana de la casa de los Farington a altas horas de la madrugada.

Howart al escucharla se llevó una mano al pecho con fingida sorpresa y exageración.

—¿Desde la ventana? Qué indecoroso. —Howart parecía divertirse mucho.

—Y que después se escuchó dispararse un rifle —añadió Daniela.

Él sonrió aún más.

—Eso explicaría el agujero en mi chaqueta favorita.

Daniela alzó una ceja al escucharlo hablar con esa indiferencia.

—Y la hija menor de los Farington suspira cada vez que lo ve —dijo ella.

Howart inclinó la cabeza, sin perder su expresión divertida.

—Dígame, ¿eso que veo en su mirada es… envidia?

Daniela sintió la rabia subirle por el cuello.

—¿Envidia? Es usted un descarado.

—Sí. —Él apoyó un codo contra el estante, acercándose ligeramente a ella, como si le fuese a susurrar un secreto—. Se me ocurre que tal vez usted también quiera dispararme. O acaso es… eso otro… ¿suspirar por mí?

Daniela apretó los dientes.

—Créame, si alguna vez le disparo, descuide que yo no fallaré.

—Qué miedo. —Howart sonrió con descaro—. Y qué encantador a la vez.

Ella se dio la vuelta con brusquedad y salió de la librería antes de que el calor en sus mejillas la delatara.

Pero cuando cruzó la puerta y bajó los escalones de la entrada, su voz la alcanzó desde el interior.

—¡Nos vemos el viernes en la cena, Daniela!

Daniela no miró atrás. No tenía sentido darle la satisfacción de que viese su rostro incendiado por la rabia, pero tampoco podía ignorar que su corazón iba más rápido de lo que había palpitado nunca.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Daniela estaba revisando la correspondencia cuando encontró una carta con un sello que le era familiar.

Reconoció el nombre de inmediato: Margaret Holloway. Su amiga de la infancia. Con la que había compartido todo, incluso la maravillosa idea de no casarse nunca, y de hacerlo, solo con un hombre respetuoso y del que pensaran que nunca podrían enamorarse. La misma que, solo unos meses atrás, le había escrito con entusiasmo para contarle que había encontrado un esposo perfectamente adecuado para ella. No un hombre apasionado ni arrebatador, sino un caballero serio, estable y financieramente solvente.

Exactamente lo que Daniela buscaba ahora.

Pero cuando abrió la carta y empezó a leer, supo que algo no estaba bien.

…Daniela, mi querida amiga, he sentido la necesidad de mandarte esta carta casi desde el primer momento en el que me ocurrió lo que te voy a contar.

Espero que al recibir esta carta te encuentres bien. Yo… no sé cómo explicar cómo estoy.

Mi vida ha cambiado de una manera que jamás imaginé. Antes de casarme, estaba segura de que mi matrimonio sería una unión tranquila, sin sobresaltos ni tormentas, ya sabes a lo que me refiero. Pero ahora, todo es diferente. Todo ha cambiado. Yo he cambiado.

Daniela frunció el ceño, y continuó leyendo sin apartar la mirada de las letras.

Me juré a mí misma que no caería en la trampa, que mi corazón permanecería intacto. Pero ahora sé que el amor es una fuerza indomable, un enemigo invisible que se infiltra cuando menos lo esperas. No sé cómo sucedió, pero estoy enamorada de mi esposo.

Daniela sintió un escalofrío recorrerle todo su cuerpo. Esa maldita enfermedad había contagiado a su amiga.

A veces creo que él también me quiere, pero otras veces dudo, y esas dudas me consumen por dentro. El amor es dulce y cruel a la vez, Daniela. Te eleva a las nubes, pero también puede dejarte caer sin previo aviso. Y si eso sucede, no sé cómo sobreviviré.

El corazón de Daniela latía más rápido cuando terminó de leer.

Margaret había caído.

La mayor parte de su vida hasta este momento había sido una mujer sensata, práctica, con los pies firmemente plantados en la tierra. Y aun así, había sido víctima de esa terrible maldición que era el amor.

Daniela dobló la carta con manos tensas.

No. A ella no le pasaría lo mismo, se repitió.

—¿Alguna carta interesante? —preguntó Elizabeth Everly al entrar en la habitación y verla.

Daniela se sobresaltó ligeramente, pero enseguida compuso su expresión habitual.

—Es de Margaret Holloway —respondió con calma.

Su madre sonrió.

—Oh, nuestra querida Margaret. ¿Cómo está? ¿Qué dice en la carta?

Daniela la miró fijamente por un momento.

—Enamorada.

Elizabeth soltó una risa suave.

—Bueno, eso es algo bueno, ¿no crees?

—No.

Su madre alzó una ceja.

—Daniela…

—Lo ha arruinado todo —dijo, sintiendo una inquietud creciente dentro de ella—. Se casó con un hombre decente, alguien con quien podía compartir una vida estable. Y ahora está enamorada de él.

Elizabeth la observó con ternura, como si hablara con una niña que aún no entendía cómo funcionaba el mundo.

—Hija, el amor es así. Aparece cuando menos lo esperas.

Daniela sintió un vuelco en el estómago.

—No. —Negó con la cabeza, mientras su respiración continuaba alterándose—. No, no, y no.

Se levantó de golpe y empezó a caminar por la habitación. Tenía que hacer algo.

Su madre la miró con confusión.

—¿Qué estás haciendo?

—No puedo permitir que me pase lo mismo —murmuró.

—Pero, ¿qué dices? Sería lo mejor que podría ocurrirte.

Daniela se giró con audacia.

—Madre, ¿no lo entiende? El amor es una enfermedad. Una que se contagia sin que te des cuenta y que destruye a cualquiera que la sufra.

—Daniela…

—Margaret no quería enamorarse. No lo planeó. Pero sucedió de todos modos. Si le pasó a ella, ¿por qué no me pasaría a mí? Tengo que poner algunos límites para que eso no ocurra.

Elizabeth suspiró con paciencia.

—Porque el amor no es una enfermedad, querida. Es un regalo.

—Es una trampa. —Daniela estrechó los ojos—. Y yo no pienso caer en ella.

Su madre sonrió con dulzura.

—Ay, hija… no puedes luchar contra el amor.

Daniela levantó la barbilla con obstinación.

—Veremos si puedo o no.

Y con esa firme decisión, salió de la habitación y se encerró en su estudio.

Si el amor era un enemigo, entonces debía protegerse.

Necesitaba reglas.

Normas inquebrantables para no caer en la maldición.

Se sentó frente a su escritorio, tomó pluma y papel, y escribió en la parte superior de la hoja:

Diez edictos para no enamorarte de tu prometido.

Si el amor tenía vida propia y planeaba rebelarse, ella estaría preparada cuando eso ocurriese.

1. Nunca confíes en un hombre que sonríe demasiado. Algo oculta. Y lo que ocultan los hombres suele ser peligroso, o condenadamente encantador. Y eso también es peligroso.
2. Si tiene ojos bonitos, evita mirarlos directamente. O terminarás atrapada en una absurda conversación sin darte cuenta sobre el color exacto de su iris.
3. La inteligencia en un hombre es un arma de doble filo. La usará para desafiarte, hacerte dudar, o peor aún, para entenderte mejor de lo que tú misma lo haces.
4. Si huele demasiado bien, mantén la distancia. No importa si es un perfume caro o simplemente jabón. Oler bien debería ser ilegal en un hombre con intenciones dudosas.
5. Nunca discutas con él durante un baile. Es probable que termine con una sonrisa arrogante, un comentario agudo, y tú en sus brazos, incapaz de recordar por qué estabas discutiendo con él.
6. No le permitas hacerte reír. La risa desarma, debilita, y peor aún, convierte a los hombres en algo mucho más peligroso: irresistibles.
7. Si es rico, es aún más peligroso. Un hombre con dinero tiene medios para cortejarte, persuadirte y envolverte en una seguridad que terminará pareciéndote tentadora. ¡Huye!
8. Si tu madre lo aprueba, es una mala señal. Las madres ven lo que sus hijas se niegan a aceptar. Si ella lo mira con buenos ojos, significa que tu destino ya está sellado. No permitas que eso ocurra.
9. Si empieza a preocuparse por ti, estás en problemas. Un hombre que recuerda que odias las fresas o que no llevas una chaqueta cuando hace frío es un hombre que podría hacerte sentir especial. No caigas en la trampa.

La lista estaba incompleta todavía, pero seguro que el número diez llegaba pronto a su cabeza.

Los Wentworth sabían dar buenas cenas.

Había luz, risas, música, y lo más importante, hombres solteros en abundancia.

Daniela estaba allí para encontrar un esposo. No porque lo quisiera, sino porque lo necesitaba.

Así que, en cuanto llegó, se dedicó a analizar a los candidatos.

—Ese de allí —susurró la señorita Parker, inclinándose apenas hacia ella—. Lord Henshaw. Rico, tranquilo, nada escandaloso.

—Y al menos veinte años mayor que yo, ¿no le parece? No deseo a un viejo decrepito a mi lado que huela a muerte —replicó Daniela quejándose.

—Bien, entonces, ¿qué hay del señor Albright?

Daniela miró al hombre en cuestión.

—¿El que está más interesado en la comida que en las mujeres?

Parker suspiró.

—Eres demasiado exigente.

—Soy práctica —corrigió Daniela—. Quiero a alguien con quien no corra peligro de ser devorada, ya sabe.

Parker asintió con gravedad. Las dos sabían perfectamente a qué se refería.

Daniela iba a elegir a alguien adecuado y sensato.

Y entonces, por supuesto, apareció Howart Redcliffe.

Ella lo vio desde el otro lado del salón. Era imposible no verlo.

Vestía con elegancia, como cualquier caballero, pero había algo en él, algo distinto. No era su atractivo—que, con toda la sinceridad del mundo, era innegable—, sino la forma en la que se movía siempre.

Con demasiada confianza. Como si este juego social le perteneciera solo a él, o como si solo él supiera las normas.

O peor aún: como si no le importara lo más mínimo.

Daniela desvió la mirada. No tenía por qué preocuparse por él. No formaba parte de su plan.

Pero entonces él se acercó.

—Señorita Everly —saludó Howart con una inclinación de cabeza perfectamente cortés—. ¿Disfrutando de la velada?

—Mucho, hasta este momento en el que a aparecido —respondió ella sin emoción.

—Me alegra. Debe de ser emocionante cazar esposo.

Daniela sonrió, pero solo porque quería golpearlo y no era socialmente aceptable.

—No estoy cazando a nadie.

—No, claro que no —Howart tomó una copa de vino de la bandeja de un sirviente—. Aunque todo Bath dice lo contrario.

—¿Y usted siempre cree en los rumores?

—Solo en los divertidos.

Daniela cruzó los brazos.

—Debería preocuparse más por su propia reputación.

—¿Por qué? ¿Y por qué le preocupo tanto yo? —preguntó con picardía—. Yo no pienso casarme.

Daniela entrecerró los ojos.

—Qué interesante. Yo tampoco pienso hacerlo con alguien como usted.

Howart sonrió despacio.

—Veremos —dijo en un tono casi inaudible para ella.

Ella estaba a punto de responderle algo cortante cuando la música cambió y las parejas comenzaron a formarse para el baile.

Howart extendió la mano hacia ella.

—¿Bailamos?

Daniela parpadeó.

—No.

—Oh, vamos. No querrá parecer incorrecta en su primera cena de la temporada.

Ella sabía que debía rechazarlo otra vez, pero también sabía que su tío la estaba observando desde el otro lado del salón, y que si se negaba, tendría que escuchar una charla insoportable sobre cómo ser una dama adecuada y educada.

Así que, con un suspiro, aceptó.

Error. Porque apenas Howart puso su mano en su cintura, Daniela supo que ese baile iba a ser un problema.

—Pareces tensa —comentó él, guiándola con facilidad.

—Es porque lo estoy.

Howart sonrió.

—¿Tan insoportable te parezco?

Daniela alzó la barbilla.

—Solo prefiero bailar con alguien menos hablador.

—¿Con lord Henshaw, tal vez?

Daniela puso los ojos en blanco.

—Al menos él no hace comentarios innecesarios.

—No, claro que no. —Howart inclinó la cabeza, con una sonrisa ladeada—. Pero dime, ¿de verdad crees que eso lo hace menos peligroso?

Daniela frunció el ceño.

—¿De qué habla?

—De que hay muchas formas de arruinarte la vida, Everly. No todos los hombres lo hacen con una sonrisa.

Daniela no supo qué responder. Porque, por esta vez, Howart no parecía estar jugando.

El baile terminó y él la soltó con suavidad, pero sin apartar la mirada de la suya.

—Nos veremos pronto —dijo con una leve inclinación de cabeza antes de alejarse.

Daniela se quedó en su sitio, con las manos tensas a los lados.

No podía permitir que alguien como Howart le afectara.

No podía dejar que el amor —esa maldita enfermedad— la contagiara.

Esa noche, antes de dormir, tomó su lista de edictos y añadió uno más: Nunca, bajo ninguna circunstancia, te dejes atrapar por Howart Redcliffe.

Capítulo 4

Daniela sabía que encontrar un esposo adecuado no sería fácil.

Pero, por suerte, la sociedad estaba llena de caballeros encantadores, atractivos, y lo más importante… completamente inofensivos.

—Ahí viene lord Langley —susurró la señorita Parker mientras paseaban por los jardines de la casa de los Neville.

Daniela miró al caballero en cuestión. Alto, rubio, con una sonrisa tranquila y modales impecables.

—Es apuesto —admitió.

—Y un excelente partido. Su familia tiene dinero, títulos y ni un solo escándalo a su nombre. Además tiene tres hermanas, imagino que eso es suficiente para que sepa como tratar a una mujer.

Eso último lo hacía especialmente atractivo para ella.

Lord Langley se acercó con una leve inclinación de cabeza.

—Señorita Everly, es un placer verla nuevamente.

—El placer es mío, milord —respondió ella con una sonrisa ficticia en su rostro.

—¿Puedo acompañarla en su paseo?

Daniela asintió. Todo iba bien.

Lord Langley era justo lo que necesitaba: amable, elegante y completamente opuesto a…

—Langley.

El tono desenfadado de esa voz hizo que Daniela cerrara los ojos un segundo antes de darse la vuelta.

Howart Redcliffe estaba allí.

Por supuesto que lo estaba, estaba en todos los lugares donde ella decidía ir.

Apoyado contra un árbol con una expresión de absoluta diversión en todo su ser, como si verlos juntos fuera lo más entretenido del día.

Langley sonrió con cortesía.

—Redcliffe.

Howart no se molestó en ocultar su sonrisa perezosa.

—Parece que interrumpo un momento encantador —dijo Howart.

Daniela respiró hondo.

—No interrumpe nada en absoluto. Tan solo paseábamos.

—Oh, eso espero —dijo él, avanzando con calma hasta quedar justo frente a ella—. Porque sería una pena si su conversación con Langley fuera demasiado interesante como para no dejarme unirme.

Daniela quería fulminarlo con la mirada.

Langley, siempre educado, no pareció molesto.

—Daniela y yo estábamos hablando sobre la temporada.

—Ah, la temporada. —Howart inclinó la cabeza con fingido interés—. ¿Y qué tiene de fascinante?

Daniela sonrió dulcemente.

—El matrimonio, por supuesto.

Howart alzó las cejas, como si aquello fuera una revelación inesperada.

—¿De verdad?

—Por supuesto. —Daniela lo miró con descaro—. A diferencia de otros hombres, hay caballeros que se toman su futuro en serio.

Langley asintió con calma.

—Es importante construir un legado —dijo Langley.

Howart sonrió con burla.

—Ah, claro. ¿Y qué hay del presente?

Daniela entrecerró los ojos.

—Algunos hombres prefieren perder su tiempo en placeres pasajeros —dijo ella mirando a Langley.

—¿Y algunos hombres no pueden tener ambas cosas? —preguntó Howart con una sonrisa peligrosa.

Langley, sabiamente, decidió que no era parte de esa conversación, así es que decidió cambiar el rumbo del paseo.

—Señorita Everly, ¿le gustaría dar un paseo por el invernadero?

Daniela quería decir que sí, pero antes de que pudiera responder, Howart se inclinó hacia ella apenas un poco, lo suficiente como para hacer que su pulso se acelerara de nuevo.

—¿O prefieres quedarte aquí y decirme cuánto me desprecias?

Daniela sintió un escalofrío. De rabia, por supuesto.

Le sostuvo la mirada y sonrió con toda la frialdad del mundo.

—Langley, el invernadero suena encantador —dijo Daniela.

Y con eso, lo dejó atrás.

Pero Howart no estaba acostumbrado a perder.

Así que esa misma tarde, una vez regresada del invernadero, y mientras Daniela conversaba con otros caballeros en el salón, él tomó la decisión de demostrarle algo.

La vio desde el otro lado de la sala. Con su porte erguido, su elegancia controlada, su forma de hablar con esa seguridad que tan pocos hombres tenían, y entonces, lentamente, desvió la mirada hacia otra mujer.

Lady Cassandra Whitmore.

Joven, hermosa, y sobre todo… fácilmente impresionable.

Daniela no lo vio al principio, pero cuando lo hizo, le sorprendió lo mucho que la irritó.

Porque allí estaba Howart, con esa sonrisa suya, susurrándole algo a Cassandra mientras ella reía con una risita tonta y coqueta, y a la vez miraba a Daniela.

Y luego…

Le tomó la mano y la llevó a bailar.

Daniela sintió un nudo de frustración en la garganta.

—Despreciable —murmuró.

La señorita Parker asintió con seriedad.

—Un completo mujeriego.

Daniela apretó los labios y desvió la mirada.

No le importaba.

No le importaba lo más mínimo, pero, por alguna razón, no podía dejar de pensar en ello.

Daniela intentaba disfrutar de su paseo.

De verdad que lo intentaba, y todo parecía que iba a salir bien, hasta el sol brilló suavemente sobre los jardines de los Neville, los

caminos estuvieron llenos de damas con sombrillas elegantes y caballeros ofrecían sus brazos con cortesía.

Era una escena idílica como para no encontrar un esposo aquel día.

Y, lo más importante, lord Edward Langley caminaba a su lado de nuevo.

Era un caballero en toda la extensión de la palabra. Educado, elegante, con el tipo de conversación que hacía que una dama se sintiera valorada y respetada.

—Bath es un sitio encantador en primavera —comentó Langley con una sonrisa medida—. ¿No cree?

Daniela asintió.

—Sin duda. Es una ciudad tranquila la mayoría del tiempo.

Langley rio suavemente.

—Supongo que se refiere a los escándalos que nos entretienen cada temporada.

—No los llamaría entretenidos, pero sí inevitables.

Langley parecía satisfecho con su respuesta. Y Daniela también lo estaba.

Todo iba bien.

Hasta que lo vio.

O mejor dicho, lo sintió primero.

Era como si el aire a su alrededor le dijese que allí estaba él de nuevo.

Levantó la mirada y, por supuesto, allí estaba.

Howart Redcliffe recostado con indolencia contra una de las columnas del patio, observándolos con descaro.

Observándola a ella.

Daniela fingió que no lo veía.

Howart no hizo lo mismo, pues siguió mirándola.

No de forma descarada, ni abiertamente provocador. Pero mirándola, al fin y al cabo.

Y ella lo sabía.

—¿Le interesan las flores, señorita Everly? —preguntó Langley con cortesía.

Daniela intentó concentrarse.

—Sí, algunas variedades son realmente hermosas.

—Mi madre tiene un invernadero privado en nuestra impresionante casa de campo. Me encantaría mostrárselo algún día.

Daniela sonrió con suavidad.

—Debe de ser precioso.

Y entonces lo sintió otra vez.

Esa mirada. Cargada de algo que no podía definir, pero que sin duda estaba diseñada para fastidiarla.

No caigas en la trampa, se dijo así misma.

Se obligó a no girar la cabeza.

A no darle la satisfacción.

—¿Está bien? —preguntó Langley, notando su ligera tensión.

Daniela se enderezó de inmediato.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo iba a estar?

Y entonces una voz sonó detrás de ellos.

—Esa es una excelente pregunta.

Oh, no.

Daniela cerró los ojos un segundo antes de girarse.

—Redcliffe —saludó Langley con educación.

Howart sonrió con pereza.

—Langley. Daniela —les saludo Howart.

Daniela contó hasta tres.

—No recuerdo haberle dado permiso para llamarme por mi nombre.

—Ah, lo sé —dijo Howart con una sonrisa lenta—. Pero su expresión cuando lo hago es demasiado divertida como para resistirme. Además somos vecinos, ¿desde cuándo, toda la vida? Creo que eso nos da la libertad para poder llamarnos por nuestros nombres.

Langley frunció levemente el ceño, pero no dijo nada.

Daniela apretó los labios.

—¿Necesita algo?

Howart inclinó la cabeza con aire despreocupado.

—En realidad, no. Solo disfrutaba de la vista.

Daniela no cayó en la trampa.

No preguntó qué vista.

No iba a darle ese gusto.

—Me alegro por usted —respondió con frialdad—. Ahora, si nos disculpa…

Langley ofreció su brazo y Daniela lo tomó con elegancia.

—Disfruten de su paseo —dijo Howart, con esa voz que sonaba casi inocente, pero no del todo.

Daniela no miró atrás.

Pero lo sintió mirándola.

Y lo peor de todo… Es que una parte de ella quiso mirarlo también.

La velada en la casa de los Neville había sido… aceptable.

Daniela había conversado con caballeros respetables, sonreído en los momentos adecuados y, sobre todo, mantenido su atención lejos de cierto hombre con fama de libertino.

O al menos, lo intentó.

Porque, aunque no quería admitirlo, Howart Redcliffe había estado allí.

Y había hecho lo que mejor sabía hacer: molestarla sin decir una palabra.

Se había mantenido en la periferia de su visión, charlando con otras damas, inclinándose para murmurar algo al oído de lady Cassandra Whitmore y logrando que ella soltara una risita tonta.

Daniela había decidido ignorarlo.

Lo hizo cuando él pasó demasiado cerca de ella en la cena.

Lo hizo cuando notó su mirada en la sala de música.

Y lo hizo cuando, al final de la noche, se preparó para despedirse y marcharse sin haber cruzado una sola palabra con él.

Casi lo logró.

Porque, justo cuando se dirigía hacia la entrada para buscar su carruaje, alguien bloqueó su camino.

—¿Ya te vas?

Oh, por supuesto.

Daniela cerró los ojos un segundo antes de girarse lentamente.

Howart Redcliffe estaba allí.

Apoyado con pereza contra la columna de la entrada, con su chaqueta ligeramente desabrochada y esa maldita sonrisa de suficiencia en el rostro que ella odiaba tanto.

—¿Y qué si me voy? —preguntó con calma.

—Nada, solo que no he tenido la oportunidad de hablar contigo esta noche —dijo él, como si fuera una lástima imperdonable—. Me sentí… ignorado.

Daniela alzó una ceja.

—¿Y eso le molesta?

—No exactamente. Pero me llena de misterio.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Quizá no ha pensado que no hay nada de misterioso en eso?

Howart inclinó la cabeza, evaluándola.

—Oh, no lo sé. Has hecho un esfuerzo notable por no mirarme en toda la noche.

Daniela mantuvo su expresión neutral.

—No creí que mi mirada le interesara tanto.

—No me interesa tu mirada. —Howart sonrió—. Me interesa el esfuerzo que haces por evitar la mía.

Oh, maldito sea.

Daniela no iba a permitir que ganara esta batalla.

Asi es que le sostuvo la mirada con firmeza en ese instante.

—Tal vez es solo que no encuentro nada interesante en usted.

Howart rio suavemente.

—Eso, querida Daniela, es una mentira tan evidente que casi me da pena.

Daniela sintió el calor subirle por el cuello.

Porque él tenía razón.

No debía prestarle atención.

No debía estar aquí, conversando con él cuando podía simplemente marcharse.

Pero sus pies no se movieron.

Y Howart, como si sintiera que tenía la ventaja, se inclinó apenas un poco más.

—Dime algo —murmuró—. Si sigues evitando mirarme, empezaré a pensar que te resulta peligroso hacerlo.

Daniela sintió un escalofrío erizarle todo el vello.

Pero no de miedo.

—No sea ridículo —dijo, enderezándose.

—Entonces demuéstramelo —la desafió él—. Mírame.

Daniela apretó los labios.

Porque, en el fondo, sabía que este era un juego que no podía ganar.

Si lo miraba, él lo tomaría como una victoria.

Si no lo hacía, también.

Maldito sea.

Finalmente, levantó la barbilla y lo miró directamente a los ojos.

Marrones. Oscuros. Llenos de algo que no alcanzaba a descifrar, pero hipnotizantes.

Howart sostuvo su mirada, con esa sonrisa ladeada que parecía prometer problemas.

Y entonces, con una lentitud irritante, bajó la vista a sus labios.

Daniela sintió que le faltaba el aire.

No. No. No.

—Buenas noches, Redcliffe —dijo con toda la frialdad que pudo reunir.

Y, sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

No miró atrás.

Porque una parte de ella temía que, si lo hacía, no sería capaz de apartar la vista.

Capítulo 5

Daniela llegó a casa furiosa.

No con Howart, fue más consigo misma.

Subió las escaleras con paso firme, ignorando la mirada curiosa de su madre y de la señorita Parker. No quería hablar con nadie en ese momento.

No hasta que arreglara ese desastre.

Entró en su habitación, cerró la puerta de golpe y se apoyó contra ella respirando hondo.

¿Qué acababa de hacer?

Se llevó las manos al rostro y sintió el calor en sus mejillas.

Howart Redcliffe la había desafiado. Y ella, como una completa insensata, había caído en la trampa. Qué estúpida había sido.

Había hecho exactamente lo que su propio edicto le prohibía.

Con pasos decididos, se dirigió a su escritorio, tomó su lista de edictos y la desenrolló todavía con las manos temblorosas.

Allí estaba. Clarísimo.

Edicto número 2,: Si tiene ojos bonitos, evita mirarlos directamente.

Lo había roto. ¡Lo había roto!

Apoyó la frente contra la madera del escritorio y cerró los ojos.

Esto no podía volver a suceder. Debía reforzar sus reglas. Ser aún más estricta.

Tomó su pluma y, justo debajo del segundo edicto, añadió otro, con letra firme y bien grande.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, prestes atención a la forma en la que un hombre te mira.

Soltó el aire lentamente, sintiéndose un poco mejor.

Las reglas existían por una razón. Eran su escudo. Y estaba decidida a no volver a romper ninguna.

Otra oportunidad para encontrar esposo, y de nuevo fallida.

La velada en casa de los Warwick había sido tan aburrida como prometía ser desde un principio.

No era culpa de los anfitriones, por supuesto. Era culpa de los caballeros que asistían.

Después de varias conversaciones con diferentes pretendientes, Daniela podía decir con absoluta certeza que la mayoría de los hombres no tenían nada interesante que decir. Y aunque eso era algo que los convertía en inofensivos, pues carecían de inteligencia, no se veía capaz de ligarse a ninguno para el resto de sus días.

Lord Edward Langley seguía siendo la mejor opción. Refinado, atento, con opiniones bien estructuradas sobre la economía del país, y cero tendencias a la seducción o a las sonrisas peligrosas.

Un hombre seguro. Un hombre sensato.

Daniela se recordó eso mientras caminaba sola por el pasillo del segundo piso de la residencia Warwick. Había pedido un respiro de la multitud y había encontrado el mejor refugio posible: la biblioteca de la casa.

La gran puerta de roble estaba apenas entreabierta, así que la empujó con suavidad y entró.

El olor a papel y cuero envejecido la envolvió como un abrigo.

Paz, eso era lo único que ella buscaba en ese momento.

Se acercó a los estantes y recorrió con los dedos los lomos de los libros. Unos minutos a solas era justo lo que necesitaba.

Hasta que escuchó la puerta cerrarse detrás de ella.

Y supo, sin necesidad de girarse, que su tranquilidad acababa de morir.

—Si necesitabas esconderte, hay lugares más apropiados que una biblioteca —comentó una voz conocida.

Daniela cerró los ojos un segundo antes de girarse lentamente.

Howart Redcliffe estaba apoyado contra la puerta, con esa sonrisa perezosa característica suya que indicaba que estaba disfrutando demasiado de su incomodidad. De nuevo.

Daniela cruzó los brazos.

—No me estoy escondiendo.

—Ah, claro. —Él avanzó un par de pasos dentro de la biblioteca—. Simplemente necesitabas alejarte de Langley.

—No tengo por qué explicarme. Y jamás buscaría alejarme de un hombre como él.

Howart sonrió, inclinando la cabeza.

—¿Estás segura de que no te aburre? Me cuesta creerlo.

Daniela ignoró el tono insinuante y decidió que lo mejor que podía hacer era evitarlo por completo.

Se giró y siguió examinando los libros en los estantes, como si él no existiera.

Por supuesto, Howart no era un hombre que aceptara ser ignorado.

—¿Sabes? —su voz sonó más cerca—. No puedo evitar preguntarme…

Daniela suspiró.

—¿Preguntarse qué?

—Si sigues sin mirarme porque realmente no te interesa lo que tengo que decir, lo que puedes ver en mí… o porque te interesa demasiado.

Oh, por todos los cielos.

Daniela eligió un libro al azar y lo sacó de su estante con más fuerza de la necesaria.

—No tengo tiempo para sus juegos.

—Oh, pero es lo único que tienes conmigo, Everly. ¿Y no digas que no es divertido?

Daniela iba a responderle algo mordaz… hasta que escuchó un ruido seco.

Un libro cayó del estante. Luego otro, y otro más, y antes de que pudiera hacer algo para evitarlo… Una avalancha de libros se desplomó sobre ella.

Daniela cerró los ojos y esperó el impacto.

Pero nunca llegó.

Porque, antes de que los libros la golpearan, Howart la sujetó y la giró contra la estantería, protegiéndola, y asumiendo los golpes por ella.

El golpe sordo de los volúmenes chocando contra el suelo resonó en la habitación.

Y Daniela…

Estaba atrapada.

Entre la madera firme de la estantería y el cuerpo de Howart. El cuerpo robusto, fuerte, escandalosamente perfumado, y perfecto de Howart.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Daniela sintió su propio aliento chocar contra su pecho. Su cercanía era un problema.

Uno que tenía que resolver de inmediato.

—Suélteme —murmuró.

—No me estás mirando otra vez —observó él, sin moverse.

Daniela sintió que su corazón se aceleraba.

—Porque no hay nada que ver.

Howart rio suavemente.

—¿Segura?

Daniela levantó la mirada con furia.

Y allí estaba otra vez.

Esa maldita intensidad en sus ojos. Marrones. Oscuros. Peligrosos.

Oh, no.

Oh, maldita sea.

Daniela desvió la mirada de inmediato.

Howart sonrió.

—Esa mirada fue demasiado rápida. Venga, vuelve a intentar mirarme.

Daniela lo empujó con fuerza y se apartó de él.

—Usted es despreciable.

—Lo sé. —Él se encogió de hombros—. Pero la pregunta es… ¿por qué sigue perdiendo el tiempo diciéndomelo?

Daniela no iba a responder a eso.

—Voy a salir de aquí.

Howart sonrió.

—Por supuesto. La puerta está justo allí. —La señaló.

Daniela giró sobre sus talones y salió de la biblioteca sin mirar atrás.

Esta vez no miró atrás porque sabía que él seguiría mirándola.

Y no podía permitirse otra derrota.

Daniela llegó a casa hecha un desastre.

No por su apariencia, claro. Su vestido seguía impecable, su cabello en su lugar, su porte tan elegante como siempre.

Pero por dentro… por dentro quería gritar.

¡¿Qué demonios había sido eso?!

Un hombre normal la habría dejado bajo la avalancha de libros y luego se habría disculpado torpemente mientras la ayudaba a levantarse.

¿Pero Howart Redcliffe? No, él tenía que sujetarla, acorralarla contra una estantería y luego desafiarla a mirarlo como si fuera un juego.

¡Un juego!

Daniela subió las escaleras de su casa con pasos decididos, hasta saltaba escalones de lo enfadada que estaba y se encerró en su habitación.

Se sentó ante su escritorio, desenrolló su lista de edictos de nuevo y tomó la pluma como si estuviera firmando un decreto real. Había edictos que tenían que ser corregidos, y añadir otros nuevos, eso era.

Nuevo edicto:

Nunca, bajo ninguna circunstancia, permitas que un hombre te acorrale en una biblioteca.

Se quedó mirándolo.

Frunció el ceño.

No, no. No era suficiente.

Volvió a mojar la pluma en tinta y tachó la última palabra.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, permitas que un hombre te acorrale.

Mucho mejor.

Porque Howart Redcliffe podía estar en cualquier parte.

La biblioteca había sido una simple advertencia.

¿Y si la próxima vez era en un carruaje?

¿O en un jardín?

¿O en un baile bajo las estrellas, con música romántica de fondo y su mirada fija en la suya?

Daniela se cubrió el rostro con las manos.

¡No, no, no!

Ese pensamiento iba a matarla.

—Daniela.

Saltó en su asiento.

Se giró y vio a su madre de pie en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y una mirada llena de sospecha.

—Madre. —Intentó sonar casual mientras deslizaba la lista bajo un libro.

—¿Por qué estás actuando como si hubieras cometido un crimen? —Elizabeth Everly la miró con curiosidad.

—No estoy actuando de ninguna manera.

Elizabeth entrecerró los ojos.

—Ajá.

Daniela no se movió.

No podía delatarse a ella misma.

Pero entonces su madre sonrió.

Oh, no.

Daniela conocía esa sonrisa. Era la misma que ponía cuando veía a una pareja cruzando miradas en un baile.

—Hija… —canturreó Elizabeth con diversión—. ¿Acaso hay… *alguien*?

Daniela se atragantó con su propia dignidad.

—¡¿Qué?! ¡No!

Elizabeth sonrió aún más.

—Oh, por favor. No me tomes por tonta. Llegaste a casa como si hubieras visto un fantasma. O algo peor… un hombre atractivo.

Daniela se levantó de golpe.

—¡No hay ningún hombre!

—Mmm…

—¡Lo digo en serio!

Elizabeth alzó las manos en gesto de rendición.

—Si tú lo dices…

Daniela la miró con sospecha.

—¿Por qué sonríe así?

—Porque tengo ojos, Daniela. Y sé reconocer a una mujer en crisis cuando la veo.

Daniela inhaló hondo.

No podía dejar que su madre siguiera con esas ideas.

Tenía que ser racional.

Tenía que recuperar el control.

Y, sobre todo, tenía que encontrar un esposo cuanto antes.

Uno adecuado.

Uno seguro.

Uno que no fuera Howart Redcliffe.

Capítulo 6

Cuando Edward Langley la invitó a pasar la mañana en su casa de campo, Daniela supo que era una oportunidad perfecta para estrechar lazos.

Era el candidato ideal. Un hombre seguro, sensato, respetable.

No como ciertos libertinos de ojos intensos y sonrisas peligrosas.

—¿Sabe montar, señorita Everly? —preguntó Langley cuando llegaron.

Daniela sonrió con gracia.

—Desde niña.

—Excelente. Después del almuerzo, podríamos dar un paseo a caballo.

Un plan sencillo. Civilizado.

Todo marchaba perfectamente…

Hasta que apareció Cassandra, la prima de Langley.

—¡Daniela Everly! —exclamó la joven con entusiasmo.

Daniela se vio atrapada en un abrazo lleno de perfume floral y alegría contagiosa.

Cassandra era vivaz, habladora y completamente encantadora.

Y, desafortunadamente, también una mujer de lo más enamoradiza, y cómo no, del arrogante Howart Redcliffe.

Lo supo antes de que ni tan siquiera pudiera tomar asiento en el salón.

—¡Qué alegría de verla aquí! —Cassandra sonrió mientras se acomodaban junto al ventanal—. No tiene idea de cuánto he oído hablar de usted.

Daniela parpadeó con sorpresa.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! Howart habla de usted constantemente.

Oh, no.

Daniela se tensó de inmediato.

—¿Cómo dice?

—Pues eso. —Cassandra agitó una mano—. No sé qué clase de historia tienen ustedes dos, pero cada vez que alguien menciona su nombre, él sonríe de una forma… exagerada.

Le costó decirlo, vaya que sí, pero lo hizo.

Daniela apretó los labios.

—Debe estar equivocándose de persona.

Cassandra la miró con diversión.

—No lo creo. Justo hace nada, alguien preguntó por usted y Howart dijo algo como: Daniela Everly es un enigma que algún día descifraré.

Daniela sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

¡Ese hombre era insoportable incluso cuando no estaba presente!

—Debe estar exagerando —dijo con calma.

Cassandra sonrió con travesura.

—Puede que sí. O puede que no.

Daniela intentó ignorar el tema.

Pero su dama de compañía, la señorita Parker, parecía haber tomado nota de cada palabra.

Lo supo cuándo, momentos después, mientras caminaban por los jardines, Parker se inclinó hacia ella y susurró:

—No me gusta esto.

Daniela suspiró.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Ese hombre.

Daniela parpadeó.

—¿Edward?

—No. —Parker entrecerró los ojos—. El otro. El que no está aquí pero sigue apareciendo en cada conversación.

Daniela chascó la lengua.

—A mí tampoco me gusta.

—Si hasta en el té me parece que va a salir el nombre de Howart Redcliffe, ¿hacemos apuestas?

—No me sorprendería.

Daniela tuvo que morderse el labio para no reír.

Pero era verdad.

Ese maldito hombre la perseguía.

Y lo peor de todo… es que no podía dejar de pensar en él.

Pero no.

Daniela no iba a permitírselo.

Edward Langley era el candidato perfecto.

Y aunque Howart Redcliffe apareciera en cada conversación, en cada mirada divertida de Cassandra o en cada comentario afilado de Parker…

Daniela iba a demostrar que no tenía ningún efecto en ella.

¿O sí?

Daniela Everly no se caía, nunca se había caido de un caballo.

Era una dama con una postura impecable, un equilibrio envidiable y la dignidad bien sujeta a las riendas siempre.

Así que cuando su caballo tropezó y ella perdió el control, su primera reacción fue negarlo.

Pero la gravedad no negocia.

Y tampoco Edward Langley.

El muy inútil se quedó quieto.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cassandra, llevándose una mano a la boca.

—¡Señorita Everly! —dijo Langley, con tono de hombre preocupado cuando la vio en el suelo.

Pero nadie hizo nada.

Y Daniela se chocó sobre el suelo con un ruido sordo.

El golpe no fue grave, pero el orgullo dolió más que la caída.

Por supuesto, no podía evitarlo.

En un rincón de su mente, recordó otro accidente, pero en aquella ocasión unas manos firmes la atrapaban antes de que el

desastre ocurriese.

Howart.

Maldito Howart.

¿Por qué él sí y Langley no? ¿Por qué ni tan siquiera había corrido cuando la vio caer, por qué se quedó mirando desde lo alto de su caballo?

Cuando ya había ocurrido Daniela rechazó la mano que finalmente le ofreció Edward y se levantó sola del suelo.

—Estoy bien —dijo con una sonrisa tensa.

Pero en su cabeza, las comparaciones eran inevitables.

Edward era un caballero. Un hombre correcto.

Pero, a diferencia de Howart, no tenía reflejos rápidos. Ni fuerza. Ni valor. Ni parecía tener tampoco nada de preocupación por lo que pudiera ocurrirle.

Y lo peor de todo…

Tampoco tenía esa mirada que la hacía olvidar cómo respirar.

Maldita sea.

Howart Redcliffe la estaba volviendo loca sin siquiera estar presente.

Capítulo 7

Por la noche, Daniela ya estaba en otro de los eventos sociales que tanto odiaba cuando el destino decidió darle otra bofetada.

No solo vio a Howart.

Lo vio acompañado.

Y no con cualquiera.

La joven a su lado era Sophia Farington, la dulce y enamorada hija de lord Farington. La que suspiraba cada vez que lo veía.

La misma por cuya ventana Howart había saltado en mitad de la noche en el pasado.

—Oh, no —murmuró Cassandra a su lado, viendo lo mismo que ella—. No me diga que esos dos han venido juntos.

Daniela soltó una carcajada seca.

—Por supuesto que no, la pobre Sophie acaba de colgarse de su brazo nada más cruzarse en su camino.

Por supuesto que sí, ella lo había visto.

Y lo peor de todo es que Howart la vio en ese mismo instante.

Sonrió. Diabólicamente.

Y luego… susurró algo en el oído de Sophia.

Ella rio, feliz, encantada, arrobada. Casi se le cae la baba.

Daniela se alejó del centro del salón antes de hacer algo terrible.

Como lanzar su copa de vino en la cara de Howart. O arrancar las perfectas horquillas del cabello de Sophia Farington.

Y fue entonces cuando se quedó sola.

Y cuando se apagaron las luces.

Porque los fuegos artificiales estallaron en el cielo, y todo el mundo salió a los jardines para verlos.

Daniela suspiró y se dejó envolver por la oscuridad.

Al menos allí podía pensar con claridad.

Al menos allí nadie la molestaría.

—¿Huyendo, Daniela?

O tal vez sí.

Ella giró de golpe.

Y lo vio.

Apoyado contra una de las paredes, con su eterna sonrisa de arrogante y esos ojos que parecían leerle el alma.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella con sequedad.

—Admirar el cielo estrellado pero esta vez desde la ventana. —Howart alzó una ceja burlona—. Aunque, debo decir, que encontrarte aquí sola es mucho más interesante que cualquier fuego artificial en el cielo.

Daniela bufó.

—No estoy sola. Estoy… disfrutando de la tranquilidad.

—¿Tranquilidad? —Howart dio un paso hacia ella—. ¿No quieres decir mejor que intentas evitarme?

Daniela se cruzó de brazos.

—No seas ridículo.

—Entonces dime —dijo él, con voz suave—, ¿qué opinas de Sophia Farington? ¿Te gusta para mí?

Ella sintió una punzada en el estómago.

—No me interesa esta conversación.

Howart rio.

—Oh, pero si tienes el ceño fruncido desde que la viste.

—Eres un canalla. Un arrogante. Un estúpido y un mujeriego.

—Gracias. —Él inclinó la cabeza con falsa cortesía—. Me lo dicen mucho.

Daniela resopló y dio media vuelta.

—Me voy.

Pero entonces tropezó.

De nuevo.

Y de nuevo él la atrapó.

—¿Me vas a decir que esto no ha sido a propósito? —susurró Howart, con una media sonrisa.

Daniela lo miró furiosa.

—¡Eres un… un…!

Y comenzó a golpearlo en el pecho.

—¡Un engreído, un cretino, un maldito libertino!

Howart se rio.

—¿Eso es todo? ¿Deseas añadir algo más?

Daniela intentó pegarle otra vez.

Pero él la detuvo.

Sujetó sus muñecas.

Y entonces…

Todo cambió.

Porque ella lo miró.

Y él la miró.

Y todo se oscureció a su alrededor. Se volvió demasiado…

Peligroso.

Y luego, sin pensarlo, sin avisar, sin importarle nada…

Howart la besó.

Fue un beso fuerte, ardiente, y exigente.

Uno que no dejaba dudas de lo que él quería.

Y lo peor de todo…

Uno al que ella respondió.

Con toda su alma.

Con todo su ser.

Hasta que…

—¡¿QUÉ ES ESTO?!

Dos voces femeninas gritaron al unísono.

Daniela se separó de golpe de Howart, con el corazón desbocado.

Frente a ellos, Cassandra, y Sophia Farington los miraban horrorizadas.

Y antes de que Daniela pudiera siquiera respirar de nuevo…

El salón se llenó de testigos.

De murmullos.

De escándalo.

De ruina.

Capítulo 8

Muy poco tardó en vaciarse el jardín cuando los gritos se escucharon desde el salón, exactamente tres segundos.

Porque después, el caos explotó.

—¡Dios mío! ¿¡Los han visto!?—gritó una dama con exceso de dramatismo.

—¡Estaban besándose! ¡Aquí, en plena noche! ¡Solos!

—¡Qué indecencia!

—¡Qué pasión!

—¡Qué ruina para ella!

Daniela no podía respirar.

No podía moverse.

Solo veía los rostros horrorizados de las damas presentes. Las bocas entreabiertas, las expresiones de escándalo, el murmullo creciente como un rugido de una tormenta imparable.

Y, en medio de todo eso… Howart sonriendo.

—Bien, esto ha sido entretenido.

Daniela giró el rostro hacia él, fulminándolo con la mirada.

—¿Entretenido?

—Desde luego —dijo él, con una calma irritante—. ¿No crees que ha sido un buen beso? Aunque yo diría que podemos mejorarlo.

Si hubiese tenido algo en la mano, se lo habría estampado en la cabeza.

—¡Daniela!

La voz desesperada de su madre rompió el momento.

Lady Elisabeth Everly apareció entre la multitud, con el rostro pálido y una expresión de absoluto horror.

—¿Es cierto? —preguntó en un susurro frenético—. ¿Tú y lord Howart…?

Daniela tragó saliva.

—Madre, yo…

Pero no pudo terminar la frase.

Porque otra voz, más grave, más fuerte y más furiosa, la interrumpió.

—¡Esto es inaceptable!

Era Lord Everly, su tío.

El hombre más insufrible y despiadado que jamás había pisado esta tierra.

—¡Has deshonrado el nombre de nuestra familia, Daniela! ¡Esto es un desastre! —bramó, todo rojo debido a la furia en su interior.

—Oh, por favor —intervino Howart, con una facilidad de palabra insultante—. No exageremos.

Daniela apretó los puños.

¿Cómo demonios podía estar tan tranquilo?

Su tío lo miró con una ira incontenible.

—¿Tienes idea del escándalo que esto representa, lord Redcliffe?

—Por supuesto. —Howart sonrió más. Como si lo estuviera disfrutando.

—¿Y qué piensa hacer al respecto? —demandó lord Everly con esa furia vibrando en cada sílaba que pronunciaba.

Entonces ocurrió.

Howart levantó la barbilla, con aire de absoluta confianza.

Y pronunció las palabras que condenaron a Daniela.

—Casarme con ella, por supuesto. Es lo que debe de hacer un caballero.

Primero todo se sumió en absoluto silencio, Después llegó el terror, y ese miedo dio paso a la ira.

Daniela se quedó sin aire.

—¿Qué? —gritó

No. No, no, no.

—¿Qué has dicho? —repitió, con los ojos muy abiertos.

Howart se encogió de hombros.

—Nos han visto besándonos. Tu reputación está en juego. Es lo correcto.

¿Lo correcto?

¡LO CORRECTO!

—¡No voy a casarme contigo! —exclamó Daniela, completamente fuera de sí.

Howart ladeó la cabeza con una sonrisa ladina.

—Oh, y vas a contarme, ¿cuál es la alternativa?

—¡No es tu problema!

—Mmm. —Él puso una expresión pensativa—. ¿Estás segura? Creo que sí lo es.

Quiso matarlo.

—Madre, dime algo —suplicó Daniela, volviéndose hacia ella.

Pero lady Elisabeth ya había recuperado la compostura, y había aceptado la realidad.

—Daniela, esto es lo mejor. Debes casarte con él.

—No, no lo es.

—¿Prefieres ser la comidilla de la sociedad? ¿Que nadie vuelva a invitarte a un evento jamás? O lo que es peor, vivir el resto de tus días bajo la tutela de tu tío…

Daniela apretó los dientes.

—No me importa.

—No tienes la menor de las ideas de lo que será esto para nuestra familia —susurró su madre—. Si tu reputación se arruina…

Daniela sintió un golpe en el estómago.

—Oh, por favor —interrumpió Howart—. No finjas que es un martirio casarte conmigo. Será divertido, imagina tu vida junto a mí.

—¿Perdón?

—Soy guapo, soy rico, soy encantador… ¿Qué más puedes pedir? En definitiva soy un buen partido.

Daniela sintió que su rabia explotaba como un volcán en erupción.

—¡Oh, yo te diré lo que puedo pedir!

¡Y entonces LO ABOFETEÓ!

El sonido de la bofetada resonó en el jardín entero.

Hubo un jadeo colectivo.

Howart ni siquiera se inmutó.

Solo se pasó una mano por la mejilla, sonriendo como si esto fuera lo más divertido del mundo para él.

—Bueno, esto ha sido emocionante.

Daniela lo odiaba.

Lo odiaba más que nunca.

Porque, en ese instante, supo la verdad.

Él quería esto.

Él había conseguido exactamente lo que quería.

A ella.

Bath, Londres, 1810
Casa de temporada de los Everly

No podía ser un buen día cuando, en la cabeza de Daniela, ya resonaba el nombre del cretino de Howart desde primera hora.

Y ahora, además, se sumaba el título de prometido.

Prometido.

Qué palabra más fea.

—¿Parece usted preparada para un duelo, señorita Everly? —comentó la señorita Parker, su dama de compañía, mientras Daniela ajustaba con fuerza los botones de su guante derecho, como si quisiera arrancarlos de raíz.

—No descartemos esa posibilidad —respondió ella con sequedad.

—Supongo que su prometido estará encantado con esta reunión.

Daniela resopló.

—Oh, estoy segura de que sí. Los diablos disfrutan atormentando a las almas inocentes.

Lady Parker trató de contener una sonrisa.

Daniela no se reía.

Porque en unos minutos, vería a Howart.

Y tenía muchas cosas que dejar claras.

En un salón perfectamente decorado de la casa Everly…

Howart se sirvió tranquilamente una copa de brandy.

Daniela lo fulminó con la mirada.

—Siéntese.

Él ladeó la cabeza con una sonrisa.

—¿Por qué estás tan seria, querida?

MALDICIÓN.

¡ODIABA QUE LA LLAMARA ASÍ!

—Primero, no me llames querida.

Howart alzó una ceja y bebió un sorbo de brandy.

—Muy bien. ¿Algo más?

Daniela se irguió con toda la dignidad que pudo.

—Sí. He establecido ciertas normas para nuestro compromiso.

Howart se quedó en silencio por un momento.

Luego, sonrió.

Demasiado.

—¿Reglas?

—Exactamente.

Daniela desdobló un papel perfectamente escrito.

NUEVAS REGLAS PARA EL COMPROMISO:

1. No habrá besos, ni nada que se le parezca.

2. No habrá toques innecesarios.

3. Nada de miradas tentadoras, aunque sería mejor no mirarnos.

4. No habrá coqueteo descarado. Bueno, mejor que no haya coqueteo y punto.

5. No habrá cartas románticas, aunque dudo que sepa lo que es eso.

6. No habrá paseos solitarios. Como sabe aunque nos hayan visto en esa tesitura, no debe volver a repetirse.

7. No habrá promesas ridículas de amor eterno.

8. No habrá escenas de celos. No quiero numeritos de ninguna mujer a la que le haya prometido vaya usted a saber qué.

9. No habrá momentos de intimidad. No veo la necesidad.
Y sobre todo… NO HABRÁ AMOR.

Daniela se cruzó de brazos al terminar de leer.

—Si desea comprometerse conmigo, acatará estas reglas.

Ahora vendría su burla.

Ahora vendría su risa.

Ahora era cuando llegaba el turno de él.

Pero no vino nada de eso.

Porque Howart no dijo una palabra.

Simplemente tomó el papel, lo leyó detenidamente, y lo dobló con calma.

—De acuerdo.

Daniela parpadeó.

—¿Perdón?

—Acepto tus reglas —dijo Howart con una sonrisa indescifrable—. No besos, no toques, no miradas, no amor.

Daniela se sintió… confundida.

—¿Tan fácil?

—Tan fácil.

Algo estaba mal.

Daniela esperaba resistencia. Esperaba ironía. Esperaba cualquier cosa menos… eso.

—Bueno —dijo ella, volviendo a recuperar la compostura—. Entonces, si todo está claro…

—Clarísimo.

Demasiado claro.

Demasiado… sospechoso.

Pero Daniela no lo vio.

No vio cómo los ojos de Howart brillaban con cierta diversión.

Porque él sabía algo que ella no.

Sabía que, tarde o temprano… Sería ella quien rompería sus propias reglas.

Antes de despedirse, Howart Redcliffe se inclinó levemente hacia Daniela y, con voz baja le anunció muy cerca de su oído:

—Estás invitada como mi pareja, a una cena en Brambleton Hall.

Daniela arqueó una ceja. Brambleton Hall, hogar de lord y lady Farnwell, era sinónimo de elegancia y discreción, una de esas mansiones donde cada detalle contaba.

—¿Como pareja? —replicó ella, con tono frío, sin atreverse a dejar entrever su incertidumbre debido a la respuesta.

Howart sonrió, sin perder ni un ápice de su aire despreocupado.

—Así es. Y ya que nuestro compromiso se da por decreto, ¿qué mejor que demostrarle a Bath que no hay nada que temer?

Daniela frunció el ceño, pero guardó silencio.

Capítulo 9

En la cena en Brambleton Hall…

El salón ya auguraba tensión entre ella y los invitados, pues no dejaban de mirarla como si fuera una descarriada, y eso Daniela no iba a permitirlo.

Las mesas estaban adornadas con arreglos florales y candelabros de cristal que reflejaban la luz en destellos encantadores.

Daniela se sentó junto a lord y lady Farnwell, mientras Howart se ubicaba a su lado, tan impecable como siempre. Y con ese terrible perfume que le envolvía, a él y a quien estuviese a menos de diez metros de distancia.

Durante la cena, Daniela se empeñó en ignorar a Howart.

Cuando él inclinaba la cabeza para hacerle algún comentario, ella apartaba la mirada hacia su plato.

Cuando su risa provocaba que él se girase para ver su reacción, ella se limitaba a asentir sin añadir ni una sola palabra.

Cada vez que sus ojos se encontraban, Daniela se esforzaba en mirar a otro lado, o en concentrarse en las servilletas perfectamente dobladas sobre la mesa.

La tensión era palpable. Los comensales murmuraban en voz baja, algunos disfrutaban del escándalo; otros, simplemente los observaban con interés.

A pesar de sus esfuerzos, Daniela notó que a lo largo de la velada su prometido se negaba a soltarse. Era como si cada gesto suyo, cada risa y cada palabra le recordara a ella que, a pesar de querer resistirse, algo en su interior se estremecía.

Más tarde en los jardines de Brambleton Hall la noche se había despejado y la fragancia embriagadora de las rosas y el incienso colapsaban todo olfato. Los momentos tranquilos con Langley habían

quedado a un lado; ahora solo quedaban Daniela y Howart, obligados a pasear en apariencia como pareja perfecta.

Mientras caminaban por un sendero bordeado de faroles titilantes, Howart se acercó sutilmente a ella más de lo que Daniela le permitía. Su perfume, intenso y envolvente, se mezclaba con la fragancia nocturna del jardín, y con cada paso, la mano de Howart rozaba suavemente la de Daniela, en ocasiones tan apenas perceptible que parecía que el destino lo hubiera querido así. Pero no ella.

Daniela luchaba por mantener la compostura. Recordaba con fuerza la lista de edictos, y en su mente resonaba una regla recién escrita:

Nunca, bajo ninguna circunstancia, permitas que un hombre te haga sentir que deseas tocarle o besarle.

Pero con cada roce, con cada mirada oscura y penetrante de Howart, esa regla se tambaleaba.

—¿Sabes, Everly? —susurró él, sin apartar la mirada de los ojos de Daniela.

—¿Qué? —le respondió Daniela sin interés.

—Creo que algo en ti lucha contra tus propias normas.

Daniela sintió que el corazón se le aceleraba, la voz se le quedó sin sonido. La suavidad del roce, la forma en que sus dedos rozaban los suyos… todo le recordaba aquella escena en la biblioteca, o en ese otro momento en el salón cuando la presión de sus labios se había transformado en un beso inesperado.

Entonces, al llegar a un pequeño claro del jardín, donde los faroles apenas lograban iluminar el camino, Daniela intentó apartarse. Pero tropezó torpemente, cayendo de bruces contra Howart.

—¡¿Estás haciendo eso a propósito?! —exclamó él, con picardía en su voz.

Daniela se levantó de un salto, pero en su precipitada huida tropezó de nuevo.

—¡No, déjame pasar! —gritó, irritada y avergonzada.

Howart, sin soltarla, la sostuvo firmemente por las muñecas. Daniela se debatía, furiosa, hasta que él la miró intensamente a los

ojos.

—¿Acaso quieres seguir huyendo? —preguntó con voz baja.

Antes de que Daniela pudiera responder, él la besó. Un beso ardiente sobre los labios de ella.

En ese mismo preciso momento, en un extremo del jardín, Cassandra Langley y Sophia Farington, que hasta entonces discutían en voz baja sobre a quién le concederían el siguiente baile, se detuvieron.

—¡Miren! —gritaron al unísono, incrédulas y emocionadas.

En cuestión de segundos, el jardín se llenó de nuevo de mirones.

Howart soltó suavemente a Daniela, y ella, con el rostro acalorado, se quedó paralizada por la sorpresa y la vergüenza.

Mientras el alboroto crecía a su alrededor, ella comprendió que, aunque había jurado seguir sus edictos para no enamorarse de su prometido, había llegado el momento en que, a pesar de todo, su corazón estaba a punto de rendirse, y eso no podía permitírselo.

—¡Te lo dije, Everly! —exclamó Howart, con una seguridad inquietante, mientras la multitud se agolpaba en el claro.

—¿Qué me dijiste? —preguntó ella esperando su aclaración.

—Te dije que serías tú quien deseara besarme, tocarme, y terminarías pidiéndome que te hiciera mía.

Daniela al escucharle decirle aquello, reaccionó furiosa.

—¡Esto no termina aquí! —le gritó.

Capítulo 10

El escándalo en los jardines de Brambleton Hall había estallado como un cañonazo en plena batalla. Los murmullos crecieron entre todos los que allí se encontraban, y las risas se expandían, y Daniela sentía la presión de docenas de miradas clavadas en ella como si fueran puñales atravesando su piel.

Su primer instinto fue salir corriendo.

Con el rostro encendido y el corazón latiendo a máxima velocidad, empujó a un lado a un curioso lord Farnwell, esquivó a Cassandra y a Sophia, y con la cabeza en alto, cruzó el umbral de los jardines para adentrarse en el pasillo principal de la mansión.

Pero Howart no se lo iba a poner tan fácil.

—¡Daniela! —su voz la persiguió.

Ella apretó el paso. No tenía intención de hablar con él, no después de que él se hubiera salido con la suya tan descaradamente.

Pero Howart Redcliffe era muchas cosas… y persistente era una de ellas.

La alcanzó antes de que pudiera subir al carruaje, sujetándola suavemente del codo, pero con la firmeza suficiente como para obligarla a detenerse.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó él, con esa calma exasperante que solo lograba hacerla enfurecer aún más.

Daniela se giró con brusquedad y lo fulminó con la mirada.

—A un lugar donde no tenga que ver tu cara ni un segundo más.

Howart dejó escapar una risa corta, divertida.

—Si piensas que puedes huir de esto…

—¿De qué? —espetó ella—. ¡No hay nada de lo que huir! Solo fue un estúpido error. Un mal cálculo. Un momento de… de…

—¿Placer? —sugirió él, alzando una ceja con burla.

Daniela sintió un calor rabioso subirle por el cuello.

—¡Ni en tus mejores sueños, Redcliffe!

Y entonces, sin pensar, sin razonar y sin advertencia alguna… lo besó.

Fue un impulso irracional, un arranque de furia, frustración y algo más que ni siquiera quería nombrar. Sus manos se aferraron a la solapa de su chaqueta, y sus labios se encontraron con los de él en un beso rápido, ardiente, que lo tomó completamente por sorpresa.

La sorpresa de Howart fue inmediata. Su cuerpo quedó tenso, como si no pudiera procesar lo que acababa de suceder. Pero, apenas un segundo después, su reacción fue automática: intentó rodearla por la cintura, tomar el control, saborear ese momento inesperado.

Pero Daniela se apartó con urgencia.

Con los ojos muy abiertos y una expresión de absoluto horror en su rostro, se llevó una mano a los labios y retrocedió, casi tropezando con la propia puerta.

—¡Oh, no! —susurró, negando con la cabeza—. ¡No, no, no, no!

Y sin darle tiempo a reaccionar, giró sobre sus talones, levantó su falda y salió disparada hacia la puerta principal.

—¡Daniela! —la llamó Howart, aún desconcertado.

Pero ya era demasiado tarde.

Ella subió al carruaje de un salto, se acomodó en su asiento y golpeó el techo con la mano.

—¡A casa, ahora! —ordenó.

El cochero, sin hacer preguntas, hizo avanzar a los caballos.

Mientras la mansión de los Farnwell se alejaba en la distancia, Daniela sintió cómo el pánico se apoderaba de ella.

¿Qué había hecho?

¿Por qué lo había besado?

¿Por qué, por todos los cielos, había sentido ese estúpido, traicionero, y peligroso deseo de besarlo?

Apretó los puños contra su regazo, frustrada.

—Esto es culpa suya —murmuró para sí misma—. Me ha sacado de quicio. Me ha empujado al límite.

Sí. Esa era la explicación.

No había sido placer. Ni emoción. Ni una chispa maldita de atracción.

Solo furia.

Sí, furia.

Nada más.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de los Everly, Daniela bajó con rapidez, aún sumida en su torbellino de pensamientos.

Pero su enfado y confusión se desvanecieron en cuanto escuchó voces provenientes del interior.

Frunciendo el ceño, cruzó la entrada y avanzó por el vestíbulo, hasta que se detuvo en seco.

En el salón, su tío, estaba de pie junto a un hombre de aspecto serio. Ambos con copas de brandy en la mano.

—Como le decía, señor Dunbridge —estaba diciendo su tío—, la propiedad ha estado en la familia Everly por generaciones, pero con la situación actual… bueno, ya sabe, y es una casa magnífica. Pero genera un gasto insostenible para esta familia, y lo último que deseo es mantenerla con lo poco que dejó mi hermano.

El corazón de Daniela dio un vuelco.

—¿Disculpe? —interrumpió, con voz helada.

Los dos hombres se giraron para mirarla.

Lord Everly frunció los labios con impaciencia.

—Daniela. No sabía que habías regresado tan pronto.

—¿Vender la casa? —ignoró su comentario, clavando la mirada en su tío—. ¿Está vendiendo nuestra casa?

Él suspiró y dejó su copa sobre la mesa.

—No te preocupes, sobrina. Es lo más sensato. Esta propiedad es demasiado costosa de mantener y, francamente, innecesaria ahora que pronto serás la esposa de Redcliffe.

Daniela sintió que la sangre le hervía.

—¡Este es nuestro hogar! —exclamó—. ¡El hogar de mi madre!

—Y será vendida —dijo su tío con firmeza—. No hay nada que discutir.

Daniela sintió que le faltaba el aire.

Si su tío vendía la casa, su madre no tendría un lugar donde vivir. Y si ella no se casaba pronto, ambas estarían en la calle.

De repente, el matrimonio con Howart ya no era solo una cuestión de orgullo.

Era una cuestión de supervivencia.

Daniela apretó los dientes y alzó la barbilla con osadía.

—Muy bien —murmuró para sí misma—. Si quieren jugar sucio, yo también sé jugar.

Y con esa resolución, supo que no tenía más opción.

Se casaría con Howart.

Pero eso no significaba que fuera a rendirse tan fácilmente.

Porque podía casarse con él… pero jamás lo amaría. Y eso de vender su casa, eso ya se vería. Haría lo que fuera por bloquear esa venta que su tío tenía entre manos.

Capítulo 11

Bath, 1832
Casa de los Everly

Daniela no podía dejar de pensar en él.

Por más que intentara distraerse, concentrarse en cualquier otra cosa, Howart Redcliffe seguía apareciendo en su mente con una intensidad que le resultaba insoportable.

Era ridículo.

Toda su vida lo había visto como un libertino descarado, como un hombre al que había que mantener a raya. Sobre todo mantenerse bien lejos de él. Y, sin embargo, después de ese maldito beso…

Después de la manera en que la había sujetado, con sus dedos cálidos rodeando sus muñecas.

Después de la forma en que la había mirado, con esa mezcla de sorpresa y hambre contenida.

Después de todo eso, ya no podía ignorarlo como antes.

Algo había cambiado.

Y lo peor era que no sabía cómo revertirlo.

Desde que su padre había muerto, Daniela había aprendido a enterrar cualquier emoción que la hiciera vulnerable. El amor era una trampa, una sentencia de sufrimiento, y ella había construido una barrera a su alrededor con la promesa de nunca caer en ese engaño.

Pero ahora… ahora Howart Redcliffe estaba haciendo tambalear esas barreras con una facilidad alarmante.

Cada vez que cerraba los ojos, podía sentir el calor de su piel. Podía recordar la forma en que su boca se había fundido en el interior de la suya.

Y eso no podía ser.

No podía permitírselo.

Se levantó de golpe de su tocador y comenzó a pasear por la habitación con las manos entrelazadas, intentando despejar su mente.

Tenía que centrarse en lo importante.

Y lo importante no era un beso robado ni el hecho de que Howart fuera tan malditamente atractivo.

Lo importante era que su tío iba a vender su casa.

Su hogar.

La única seguridad que su madre y ella tenían en el mundo.

Con el ceño fruncido, Daniela se detuvo frente al espejo y se miró a sí misma con decisión.

Tenía que encontrar a Howart. Porque, por primera vez en su vida, necesitaba su ayuda.

Cuando llegó a la residencia Redcliffe, Daniela sintió que la impaciencia la devoraba por dentro.

No había dormido en toda la noche. Había dado vueltas en la cama hasta que el amanecer la obligó a aceptar la verdad: no podía perder tiempo.

Howart la recibió en la biblioteca de su casa, un elegante salón lleno de estanterías repletas de libros que, para su sorpresa, parecían haber sido leídos más de una vez.

Daniela, sin embargo, no tenía paciencia para fijarse en los detalles.

—Nos casaremos de inmediato —soltó, cruzándose de brazos.

Howart, que estaba apoyado en el escritorio, la miró con una ceja alzada, como si estuviera evaluando si había escuchado bien.

—Bueno, buenos días para ti también, querida —respondió con diversión—. ¿Esa es tu manera de pedírmelo? Porque debo decir que he recibido propuestas mucho más tentadoras.

—No te estoy pidiendo nada —aclaró Daniela, fulminándolo con la mirada—. Solo te estoy informando.

Howart suspiró y se apartó del escritorio con esa elegancia que solo él sabía derrochar.

—¿Y a qué debo esta repentina urgencia? Anoche parecías desesperada por evitarme.

Daniela cerró los ojos un instante.

No pienses en el beso. No pienses en el beso, se repetía todo el tiempo.

Cuando volvió a abrirlos, su osadía estaba intacta.

—Mi tío quiere vender la casa.

Howart parpadeó, y por primera vez, la burla desapareció de su expresión.

—¿Tu casa?

—La de mi madre y mía —corrigió ella—. Y si no me caso pronto, no tendremos dónde vivir.

El silencio fue lo único que se escuchó en ese momento en la biblioteca.

Daniela no sabía qué esperaba de él. Tal vez una respuesta sarcástica, o una broma para aligerar lo incómodo de la conversación, pero, en lugar de eso, Howart se quedó en silencio, con una seriedad que nunca le había visto antes.

Después de un instante, suspiró y negó con la cabeza.

—No.

Daniela sintió un pinchazo de alarma.

—¿No… qué?

Howart cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con intensidad.

—No vamos a casarnos solo porque necesitas un techo.

Daniela sintió una oleada de indignación.

—¡No es solo un techo! Es un hogar.

—Lo sé —dijo él con suavidad—. Y por eso, voy a comprarla.

El oxígeno le pareció desaparecer de la habitación.

Daniela lo miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Qué?

—Voy a comprar la casa, tu casa —repitió Howart—. No dejaré que tu tío la venda y os quedéis en la calle.

Daniela negó con la cabeza de inmediato.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero deberte nada.

—Vas a ser mi esposa —señaló él, como si eso fuera la respuesta obvia.

—¡Eso no significa que pueda aceptar algo así!

Howart sonrió con una calma irritante.

—Daniela, voy a ser muy claro contigo. Me importas. No voy a dejar que termines en la calle por culpa de tu tío. Ni que el hogar donde has crecido termine en las manos de otra familia solo porque un necio insensible quiera dinero.

Daniela sintió que su corazón daba un vuelco inesperado.

Me importas, se repetía en su cabeza.

No sabía por qué, pero esas palabras la afectaron más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No quiero que pienses que me caso contigo porque compres mi casa —dijo, en voz baja.

—No lo pienso —contestó él, con una media sonrisa—. Me queda muy claro que no me soportas.

Daniela se mordió el labio.

No podía decirle que ya no estaba tan segura de eso.

Que ya no podía mirarlo sin que su cuerpo reaccionara de una forma que la asustaba.

Que ya no podía ignorarlo como antes.

Que ya no quería ignorarlo.

Sus pensamientos se arremolinaron en su cabeza cuando Howart avanzó un paso hacia ella, reduciendo la distancia entre ambos.

—¿Entonces? —murmuró él—. ¿Aceptas mi ayuda o prefieres luchar contra el mundo sola?

Daniela tragó saliva.

Su instinto le gritaba que no confiara en él.

Pero su corazón le susurraba otra cosa.

Además de ser guapo, atractivo y besar increíblemente bien… ahora también estaba dispuesto a ayudarla.

Y eso…

Eso era encantador.

—Está bien —murmuró, sintiendo que su mundo estaba a punto de cambiar para siempre—. Pero esto no cambia nada.

Howart sonrió, con ese brillo travieso en los ojos que la hacía temblar.

—Por supuesto que no, querida.

Pero Daniela supo, en lo más profundo de su ser, que todo había cambiado.

Y que, por mucho que intentara evitarlo…

Estaba cayendo en su propia trampa.

Capítulo 12

Bath, 1810
Residencia de los Everly

Si Daniela tenía la esperanza de que su prometido se comportara de manera profesional y distante en su encuentro para discutir la compra de la casa, estaba muy equivocada.

Porque Howart no tenía ninguna intención de mantener las distancias.

Habían quedado en la biblioteca de su hogar a primera hora de la tarde. Daniela bajó con la intención de ser práctica, rápida y absolutamente inmune a cualquier sonrisa, mirada o comentario seductor de Howart Redcliffe.

Pero, en cuanto le abrió la puerta y se inclinó con un saludo que rozó la piel de su mano más tiempo del necesario, supo que iba a ser una lucha difícil.

—Querida prometida —murmuró él con esa voz profunda y aterciopelada que le hacía cosquillas en la piel—. Es un placer verte tan temprano en el día.

Daniela le sostuvo la mirada, negándose a dejarse afectar.

—Vamos a centrarnos en lo importante.

—Oh, créeme —dijo Howart, con una sonrisa traviesa—. Estoy completamente centrado en lo que de verdad me importa.

Maldito sea.

Se apartó de él y entró a la biblioteca como si nada hubiera pasado, intentando ignorar la calidez inesperada que había subido por su brazo.

Nada ha pasado. Nada ha pasado, se repitió.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó, acomodándose en el sillón frente al escritorio.

Howart la observó con una sonrisa ladeada, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Pero, para su alivio, no insistió

y se limitó a tomar asiento frente a ella.

—Empecemos revisando la situación financiera de tu familia —dijo, tomando un fajo de documentos—. Necesitamos saber si la venta de la casa es realmente necesaria… o si tu tío está intentando jugar con vosotras.

Daniela asintió, recuperando la compostura.

Esto era importante.

Esto no tenía nada que ver con besos ni con cómo se le erizaba la piel cuando él la tocaba.

Tomó una de las hojas y comenzó a leer con atención.

Al cabo de unos minutos, el sonido del papel al pasar, el suave repiqueteo de las cucharas en las tazas de té y la voz suave de Howart repasando cifras fueron lo único que se escuchaba en el lugar.

Pero Daniela pronto se dio cuenta de que había otro problema.

Howart se estaba acercando demasiado.

Primero, fue cuando él se inclinó sobre la mesa para señalar una cifra en uno de los papeles y su brazo rozó el de ella.

Daniela se enderezó de inmediato.

Luego, fue cuando un papel cayó al suelo y, al agacharse a recogerlo, sus cabezas casi chocaron.

—¿Vas a seguir escapando cada vez que te toco? —murmuró él con una sonrisa.

Daniela apretó los labios y se obligó a ignorarlo.

Después, fue cuando Howart le ofreció una taza de té y sus dedos se rozaron por un segundo.

Daniela casi derramó la bebida encima de los documentos.

Esto es ridículo, se dijo.

Estaba nerviosa. Ella nunca se ponía nerviosa, pero Howart Redcliffe la miraba como si supiera exactamente cómo sacarla de quicio.

Tomó una respiración profunda y recordó los edictos.

No lo mires demasiado tiempo.

No te dejes atrapar por sus encantos.

No le permitas acercarse más de la cuenta.

Necesitaba la lista. Urgentemente.

—Voy un momento arriba —dijo con voz firme, levantándose de golpe.

—¿Arriba? —preguntó Howart, apoyando un codo en la mesa con diversión—. ¿Tan rápido te he hecho huir?

—Voy a buscar algo —respondió sin darle más explicaciones.

Algo que me recuerde por qué no debo caer en tu juego, se dijo para sí misma.

Subió las escaleras con paso rápido y se dirigió a su habitación.

Abrió el cajón de su tocador y sacó el papel arrugado donde había escrito sus diez edictos.

Leyó las primeras líneas y sintió que el caos de su mente comenzaba a organizarse.

Sí.

Esto es lo que necesito.

Metió el papel en el bolsillo de su falda y regresó a la biblioteca con la frente en alto, sintiéndose segura otra vez.

Pero entonces… Cuando se reunieron…

—¿Qué es esto?

Howart le arrebató el papel del bolsillo con un movimiento rápido.

Daniela se quedó helada.

—¡Devuélvemelo! —exclamó, estirando la mano para recuperarlo.

Pero Howart, con una sonrisa felina, se levantó del sillón y lo sostuvo fuera de su alcance.

—No tan rápido, querida prometida —susurró con evidente diversión—. ¿Qué es este misterioso documento que escondes tan celosamente?

Daniela sintió el pánico recorrerla.

No. No. No.

Howart Redcliffe acababa de encontrar su lista de edictos.

Y por la expresión de su rostro, estaba disfrutando cada segundo del descubrimiento.

Daniela se lanzó hacia Howart, intentando recuperar el papel.

Él, con la agilidad de un hombre que estaba demasiado acostumbrado a eludir escándalos y persecuciones, lo levantó en el aire, fuera de su alcance.

—Vamos, Daniela —dijo con una sonrisa burlona—. ¿Qué secretos puedes estar ocultando en esta pequeña hoja?

Daniela contenía la respiración.

Si lo lee, estoy perdida, se decía,

Si descubre que he escrito reglas específicamente para evitar enamorarme de él…

No.

No podía permitirlo.

Dio un paso hacia él con la espalda recta, la barbilla alta y su mejor expresión de dignidad herida.

—Howart, te lo advierto. Devuélveme ese papel.

Él la miró con un brillo especial en su mirada.

—¿Y si no quiero? —preguntó, jugueteando con el borde del documento—. Tal vez deba echar un vistazo. Quizá encuentre algo muy interesante sobre mi querida prometida.

Daniela sintió que el calor le subía por el cuello, por sus mejillas...

Intentó alcanzarlo de nuevo, pero Howart, malditamente más alto y rápido que ella, esquivó el intento con facilidad.

—¿Qué te parece si jugamos a hacer un trato? —propuso con aire desenfadado, girando el papel entre los dedos—. Yo te lo devuelvo, pero tú me das algo a cambio.

Daniela frunció el ceño.

—No pienso negociar contigo.

—Entonces… —hizo el amago de desplegar la hoja—. Voy a empezar a leer.

¡No!

La desesperación la hizo reaccionar antes de poder pensar con claridad.

Si había algo que no podía permitir era que él leyera su lista.

—¡Espera! —exclamó, con las manos alzadas en señal de tregua—. Está bien. ¿Qué quieres a cambio?

Howart sonrió.

El muy infame sonrió.

Daniela sabía que nada bueno saldría de esa expresión.

—No te va a gustar —advirtió él.

—Dímelo de una vez.

Howart se inclinó levemente hacia ella, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un incómodo susurro de su voz.

—Un beso.

El corazón de Daniela saltó en su pecho.

—¿Qué?

—Lo que oíste, amor mío. Un beso. Largo, real y sin huidas esta vez. Promételo antes.

Daniela sintió que la rabia y el desconcierto la invadían a partes iguales.

—¡Eso es una locura!

—Quizá, pero es mi oferta. Y si no aceptas… —hizo un ademán de abrir el papel de nuevo.

Daniela se encolerizó.

—Eres un… un… ¡un canalla sin remedio!

Howart rio suavemente.

—Eso ya lo sabías, querida prometida. Decídete.

Daniela cerró los ojos por un momento.

Piensa.

Si él lee ese papel, descubrirá que todo lo que hago es para evitar caer en su red.

Descubrirá que lo pienso demasiado. Que me obsesiona evitarlo.

Que me importa.

Y eso, jamás debería saberlo.

Inspiró hondo y apretó los puños.

Un beso.

Solo un beso.

Lo había besado antes. Una vez. Bueno, dos, y quizá fueron tres.

Pero esta vez…

Esta vez no iba a ser un arrebato de la situación.

Esta vez, lo haría porque él lo había pedido.

—Está bien —murmuró con los dientes apretados.

Howart arqueó una ceja.

—¿Cómo dices?

Daniela levantó la barbilla.

—Que está bien. Tienes tu beso. Ahora dame el papel.

Howart sonrió con satisfacción.

—Primero el beso. Después el papel. Está claro que no me puedo fiar de ti.

Daniela bufó, pero dio un paso adelante.

Howart no se movió.

Sus ojos la observaban con expectación, pero sin prisa.

Daniela tragó saliva.

No pienses. Solo hazlo, se dijo.

Se acercó más, hasta que la distancia entre ellos desapareció.

Apoyó las manos en su pecho con intención de marcar un límite.

Pero en cuanto sintió el calor de su cuerpo bajo la tela de la chaqueta, supieron que ese límite no existía.

Howart no la tocó.

Esperó.

Esperó a que ella cruzara la última barrera.

A que fuera Daniela la que tomara la iniciativa.

Porque, al fin y al cabo, esto era su decisión.

Y ella, con la respiración acelerada y el corazón enloquecido, lo besó.

Primero con recelo, con el pánico de estar a punto de hacer algo que no debía hacer.

Pero entonces, Howart suspiró contra sus labios y se entregó a ella como si ese beso lo hubiera estado esperando toda su vida.

El papel se resbaló de sus dedos.

Los brazos de él la rodearon.

Y Daniela…

Daniela olvidó por completo por qué se suponía que debía resistirse.

Capítulo 13

El beso no terminó cuando Daniela esperaba que terminara.

Tampoco cuando Howart pensó que lo haría.

Sus labios se demoraron más de la cuenta, explorando el roce prohibido de un sentimiento que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer.

Daniela sintió cómo su pecho subía y bajaba con la respiración agitada, el calor de Howart aun marcaban su piel y su cordura.

Y entonces…

—¡Daniela! —La voz grave de su tío retumbó en el pasillo.

Daniela y Howart se separaron de golpe, jadeando por la falta de aire y la urgencia del momento.

—¡Maldición! —exclamó ella, mirando a su alrededor—. ¡Los documentos!

—¡El armario! —susurró Howart, tirando de su muñeca mientras recogían los papeles con manos torpes.

No tenían tiempo de ordenarlos. No tenían tiempo de nada.

Solo lograron tomarlos en un desorden caótico antes de que la perilla de la puerta comenzara a girar.

Y sin pensarlo más, se lanzaron dentro del armario de caoba.

—¡Silencio! —ordenó Daniela entre dientes.

—No soy yo quien está jadeando como si hubiera corrido tres millas.

Daniela le fulminó con la mirada.

Pero no podía responderle.

No cuando estaban tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa.

El armario era diminuto.

Sus hombros chocaban.

Su respiración se ahogaba en el reducido espacio.

Los documentos que habían recogido a toda prisa estaban presionados entre ellos, creando una muralla endeble que no servía de nada cuando la atracción era mucho más fuerte que un montón de papeles.

Y el beso.

Ese maldito beso aún ardía en su boca.

Daniela sentía sus labios todavía hormiguear.

Y lo peor era que Howart lo sabía.

Podía verlo en la oscuridad, en la forma en que su pecho subía y bajaba, en cómo mantenía los labios ligeramente entreabiertos, como si en cualquier momento fuera a besarla otra vez.

—Te ha gustado.

La voz de Howart estaba cargada de triunfo.

Daniela apretó los labios.

No iba a responder a eso.

No iba a darle la satisfacción de hacerlo.

Porque, si lo hacía, significaba admitir que había sido ella quien prolongó el beso.

Y eso no podía ser.

Howart inclinó un poco la cabeza, y su aliento le rozó la mejilla.

—No tienes que decir nada, querida prometida. Tu respiración lo dice todo.

Daniela iba a soltarle una réplica venenosa.

Pero entonces, la voz de su tío se hizo más clara.

—¿Qué demonios es esto?

Daniela y Howart contuvieron la respiración al mismo tiempo.

Desde su escondite, pudieron ver la sombra del hombre avanzar por la habitación.

Se escuchó el crujido del suelo al paso de sus botas.

—Mmm… —El tío de Daniela gruñó con molestia—. ¿Quién ha estado en mi despacho?

Howart arqueó una ceja.

Daniela tragó saliva.

No.

No podía ser.

—No… puede… ser —dijo cuando vio como su tío se inclinaba al suelo para recoger algo.

—¿Diez edictos para no enamorarte de tu prometido? —leyó su tío en voz alta.

Dentro del armario, Daniela sintió que la sangre abandonaba su rostro.

Se giró lentamente hacia Howart.

Él ya la estaba mirando.

Con los ojos entrecerrados.

Con la maldita sonrisa de un depredador que acaba de descubrir una presa fascinante.

Daniela no podía moverse.

No podía respirar.

Lo ha leído.

Howart ha escuchado cada palabra.

El silencio entre ellos se volvió ensordecedor.

Hasta que la sonrisa de él se amplió peligrosamente.

—Vaya, vaya… —susurró con una perversidad terriblemente atractiva—. Así que tienes una lista, Daniela.

Daniela cerró los ojos un instante.

Maldita sea.

Estaba perdida.

Daniela no podía moverse.

No cuando Howart estaba tan cerca que podía sentir su aliento rozándole la piel.

No cuando su mirada brillaba en la oscuridad con demasiada intensidad.

—Así que… —su voz sonó, terriblemente masculina—, tienes una lista para no enamorarte de mí.

Daniela se removió incómoda.

No iba a responder.

No iba a darle la satisfacción de saber cuánto pánico le provocaba ese descubrimiento.

Pero Howart no necesitaba palabras.

Podía verlo en la forma en que ella mantenía la espalda rígida, en cómo apretaba los labios, en cómo su respiración había cambiado.

—Dime, Daniela… —bajó un poco la cabeza, inclinándose hacia su oído—, ¿qué dice exactamente esa lista?

Daniela cerró los ojos.

No lo provoques.

No le des opciones.

No caigas en su juego.

Pero Howart era Howart. Y no se iba a rendir tan fácilmente.

—Déjame adivinar… —continuó él, inclinándose más, lo suficiente para que su nariz rozara sutilmente su mejilla.

Daniela sintió un escalofrío correrle por la espalda.

—Regla número uno… —musitó Howart, con voz grave—: ¿No mirarlo demasiado?

Daniela tragó saliva.

Maldita sea.

—Regla número dos… —continuó, bajando la vista hasta su boca—: ¿No pensar en sus besos. Esos besos que hacen volverte loca?

Daniela sintió su pulso descontrolarse.

No caigas. No caigas.

Pero Howart era un maldito problema.

—Regla número tres… —su aliento caliente la envolvió por completo—: ¿No desear volver a besarlo?

Daniela se mordió el labio con fuerza.

Era demasiado.

Estaba demasiado cerca.

Demasiado tentador.

Demasiado él.

Y lo peor era que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Dime, Daniela… —su voz descendió a un ronroneo pecaminoso—, ¿ya has roto alguna de tus reglas?

Daniela abrió los ojos de golpe.

No. No le daría el gusto.

Con toda la dignidad que pudo reunir en ese maldito armario claustrofóbico, giró el rostro hacia él y lo miró directamente a los ojos.

Y con un tono que destilaba control, le susurró:

—Ni una sola.

Howart sonrió.

Una sonrisa oscura.

Desafiante.

—Eso, querida prometida… —sus labios casi rozaron los de ella cuando lo dijo—, está por verse.

Y entonces…

La puerta del armario se abrió de golpe.

Daniela se tambaleó hacia adelante con un jadeo.

Howart la atrapó antes de que cayera sobre él.

Y cuando levantaron la vista…

El tío de Daniela los observaba con el ceño fruncido.

Con una hoja de papel arrugada en la mano.

Su lista.

Daniela sintió que se le iba el alma del cuerpo.

Y Howart, el muy desgraciado, soltó una carcajada baja y divertida.

Esto iba a ponerse interesante.

Capítulo 14

Daniela tragó saliva.

—Esto… no es lo que parece.

Su tío alzó una ceja.

—¿No?

Daniela sonrió nerviosamente.

—No. En absoluto.

El hombre miró el papel otra vez, confuso.

—Porque lo que yo leo aquí es algo llamado: Diez edictos para no enamorarte de tu prometido.

Howart silbó suavemente a su lado.

—Interesante título.

Daniela le pateó el pie disimuladamente.

Él se mordió la sonrisa.

—¡Ah! ¡Claro! —Daniela se apresuró a arrancar el papel de las manos de su tío.— Es solo un juego.

—¿Un juego? —repitió el hombre con incredulidad.

Daniela asintió enérgicamente.

—Sí, un simple entretenimiento entre… amigas.

—¿Amigas? —Ahora era Howart quien parecía divertido.

Daniela le lanzó una mirada asesina.

—Sí, Cassandra y yo hicimos una lista de… de…

Piensa, piensa, piensa.

—De normas que una dama debe seguir para no caer en las redes de un… de un…

Howart levantó una ceja con diversión.

—Dilo, querida prometida.

Daniela lo fulminó con la mirada.

—…de un libertino.

Su tío pareció considerarlo por un momento.

—Entonces… —sus ojos pasaron de ella a Howart con evidente escepticismo—, ¿esta lista no tiene nada que ver con el compromiso?

Daniela soltó una risita nerviosa.

—Nada en absoluto.

El tío inspiró profundamente.

—Bien. Entonces, ¿por qué estabais metidos en mi armario?

Maldita sea.

—Ah… bueno, verá…

—Fui yo, quería saber cómo huele el armario de un hombre como usted. —Howart se cruzó de brazos con absoluta calma.

Daniela se quedó boquiabierta.

¿Acababa de decir eso?

¿En serio?

—¿El olor? —repitió su tío con incredulidad.

—Sí —Howart se encogió de hombros.— No todos los días se ve una selección de abrigos tan exquisita. Digamos que siento especial interés en los olores de las ropas de los caballeros más importantes que conozco.

Daniela parpadeó.

Su tío parpadeó.

¿Cómo demonios tenía esa capacidad para mentir con tanta naturalidad?

—Tienen cinco segundos para salir de mi despacho antes de que me arrepienta de no haber traído mi rifle esta tarde —gruñó el hombre.

Daniela no necesitó más invitación.

Se giró sobre sus talones y salió disparada.

Howart la siguió tranquilamente.

Cuando llegaron al pasillo, él soltó una risa baja.

Daniela lo fulminó con la mirada.

—¡Eso ha sido espantoso!

Howart la observó con esa maldita sonrisa encantadora.

—Debo decir que ha sido bastante entretenido.

Daniela bufó.

—¿Entretenido? ¡Hemos estado a punto de ser descubiertos!

—Lo sé. Divertidísimo.

Daniela sintió deseos de golpearlo.

Pero entonces, Howart hizo algo que la desconcertó por completo.

Se inclinó un poco y con un tono de voz más bajo, casi íntimo, le dijo:

—Dime la verdad, Daniela… ¿Ese juego que mencionaste… es solo un juego?

Daniela endureció la mandíbula.

—Por supuesto.

Howart ladeó la cabeza.

—Mentira.

Daniela se cruzó de brazos.

—No todo el mundo se derrite ante un par de ojos bonitos y una sonrisa arrogante, futuro vizconde.

Howart la miró con interés.

—¿Así que crees que tengo una sonrisa arrogante?

Daniela se arrepintió de inmediato de haber abierto la boca.

—Ese no es el punto.

—No, el punto —él dio un paso más cerca— es que hiciste una lista para no enamorarte de mí.

Daniela se quedó sin palabras.

Howart sonrió de lado.

—Y eso solo significa una cosa.

Daniela tragó saliva.

—¿Qué cosa?

Howart se inclinó un poco más hacia ella con su voz descendiendo hasta un murmullo provocador.

—Que estás aterrada de que pueda lograrlo.

Daniela sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Porque lo peor era que, por primera vez en su vida…

No estaba del todo segura de poder negarlo.

Daniela se recompuso.

—No me asustan los hombres como tú.

Howart ladeó la cabeza, claramente divertido.

—¿Hombres como yo?

—Sí. —Le sostuvo la mirada con valor.— Encantadores, arrogantes, seguros de sí mismos.

Howart esbozó una sonrisa peligrosa.

—No olvidemos guapos.

Daniela bufó.

—Oh, por favor.

—Solo digo que si vas a describirme, hazlo bien. —Él se cruzó de brazos, inclinándose levemente hacia ella.

—Está bien añadiré algo más, necios y vanidosos.

—Y dime, querida prometida… ¿no has olvidado nada más?

Daniela frunció el ceño.

—No.

Howart arqueó una ceja con aire pensativo.

—Yo creo que sí.

—¿Ah, sí?

—Mmm… —Él se llevó una mano al mentón con fingida meditación.— Déjame ver… Encantador, arrogante, seguro de sí mismo, guapo…

Daniela rodó los ojos.

—¿Vas a seguir con esto mucho rato?

—Paciencia, querida. —Howart se encogió de hombros con absoluta tranquilidad.— Oh, ya sé lo que olvidaste.

Daniela se cruzó de brazos.

—Ilumíname.

Howart bajó la voz a un susurro cargado de intención.

—Que beso magníficamente bien.

Daniela sintió un calor subirle al rostro.

—¡Eso jamás lo dije!

—No con palabras. —Howart inclinó aún más sus labios peligrosamente cerca de su oído.— Pero créeme, lo supe cuando no saliste corriendo.

Daniela sintió un escalofrío en la nuca.

Maldito Howart Redcliffe.

Era un diablo con sonrisa encantadora y palabras venenosamente seductoras.

Ella se obligó a mantenerse firme.

—Fue un error.

Howart sonrió de lado.

—¿Seguro?

Daniela alzó la barbilla.

—Absolutamente.

—Interesante… —Él se apartó con tranquilidad, como si aquella conversación no hubiera afectado en absoluto a su ritmo cardíaco.— Entonces supongo que si te beso otra vez…

Daniela dio un paso atrás de inmediato.

Howart soltó una risa baja.

—Vaya, qué reacción tan rápida.

—No te acerques.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que lo hagas.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto!

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte. —Él avanzó un paso más.

Daniela tragó saliva.

No iba a retroceder.

No podía demostrarle que Howart tenía poder sobre sus emociones.

Así que se quedó exactamente dónde estaba.

Él sonrió como un gato satisfecho.

—Vaya, vaya. Qué valiente.

—Solo estoy demostrando que no te tengo miedo.

—¿No? —Howart ladeó la cabeza.— Entonces mírame a los ojos y dime, sin dudarlo, que no deseas que te bese otra vez.

Oh, maldición.

Daniela sintió que la sangre le hervía.

Porque lo peor no era el descaro de Howart.

Lo peor era que él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Así que Daniela se mojó los labios, respiró hondo y se preparó para contestar…

Pero Howart levantó una ceja y habló primero.

—Demasiado tarde, querida.

Daniela frunció el ceño.

—¿Demasiado tarde para qué?

Howart esbozó una sonrisa diabólica.

—Para convencerme.

Y con eso, se giró con toda la calma del mundo y se alejó.

Daniela se quedó allí, furiosa, confundida… y un poquito demasiado alterada.

¡Ese hombre iba a volverla loca!

Capítulo 15

Daniela se cruzó de brazos y se dijo a sí misma que no estaba molesta.

No.

No en absoluto.

¿Molesta? ¡Por favor!

¿Cómo podría estar molesta por el hecho de que Howart Redcliffe, el hombre más irritante, arrogante y peligrosamente atractivo de todo Bath, acabara de retirarse con esa maldita sonrisa de suficiencia en su rostro?

No. Definitivamente no estaba molesta.

—¡ARGH! —Daniela agarró el primer cojín que encontró en su camino y lo lanzó contra la pared.

La pobre Srta. Parker, que justo pasaba por allí, se sobresaltó.

—Milady, ¿está todo bien?

Daniela se giró con su mejor expresión de dama refinada.

—Perfectamente.

La Srta. Parker frunció el ceño, observando la escena.

—¿Segura?

—Completamente.

—¿Y el cojín volador?

—Decidió explorar nuevas alturas.

La dama de compañía suspiró, pero no dijo nada más.

Daniela tenía un problema.

Y su problema medía seis pies de altura, tenía ojos oscuros como la noche y una boca creada para hacer cosas absolutamente inapropiadas.

Si Howart quería jugar… muy bien.

Jugarían.

Al día siguiente…

Cuando Howart llegó a la casa de los Everly para continuar con el asunto de la compra de la propiedad, no esperaba que Daniela le recibiera con una sonrisa.

Y mucho menos con una propuesta.

—Tengo algo que decirte, Howart.

Él se quitó los guantes de montar, mirándola con interés.

—Dime, querida prometida.

—Nueva regla.

Howart ladeó la cabeza.

—¿Otra más?

Daniela se acercó y levantó la barbilla con aire desafiante.

—Sí. Y esta es inquebrantable.

—Estoy intrigado.

—No volveré a besarte jamás.

Howart soltó una carcajada baja.

—Oh, Daniela… —Él se inclinó ligeramente hacia ella e hizo sonar su voz como un susurro muy profundo.— Eso no es una regla.

Daniela frunció el ceño.

—¿No?

—No. —Howart sonrió, parecía un diablo con su máxima expresión.— Será todo un desafío para ti.

Y para mí.

Y vaya por Dios que él sí estaba listo para ganarlo.

Daniela sabía que no debió decirlo.

No volveré a besarte jamás.

¡JA!

¿Desde cuándo la palabra jamás significaba: por favor, tienta mi paciencia y prueba mi resistencia a cada segundo del día?

Porque, evidentemente, eso era lo que Howart había entendido.

Desde aquella conversación, el futuro vizconde Redcliffe había convertido su existencia en una pesadilla.

Una encantadora, traviesa y ridículamente atractiva pesadilla.

—Querida prometida… —su tono tenía esa inflexión perezosa, seductora.

Daniela lo ignoró.

Siguió caminando por el jardín, con su parasol bien posicionado y con su postura impecable.

Ignorar.

Esa era la clave.

Si lo ignoraba lo suficiente, él perdería el interés.

O quizá no lo perdería.

—Estás particularmente hermosa esta mañana.

No lo escuches, se dijo.

—¿Es un nuevo vestido? Porque debo decir que el color… resalta maravillosamente el tono de tu piel.

Sigue caminando.

—Y si bien no puedo besarte, no hay ninguna norma sobre lo cerca que puedo estar de ti.

Daniela sintió su aliento contra su oído.

¡POR TODOS LOS CIELOS!

Se detuvo de golpe, consciente de la cercanía de Howart, de su perfume, de su calor.

—Si sigues tan cerca —dijo con la voz más gélida posible—, te juro que empuñaré un abanico como si fuese un cuchillo.

Howart soltó una carcajada.

—Te encantaría tocarme. Reconoce que estás deseando hacerlo.

Daniela se giró con los ojos entrecerrados.

—No me hagas reír.

—¿Te parece gracioso?

Él levantó las cejas con diversión.

Daniela estrechó los ojos aún más.

—Te diré lo que es gracioso, Redcliffe. —Cerró el parasol con un chasquido elegante.— Lograr que deje de verte como el hombre más exasperante sobre la faz de la tierra.

Howart sonrió lentamente.

—Ah, pero no querrías eso.

Daniela abrió la boca para discutir… pero algo la interrumpió.

O más bien, alguien.

—¡Daniela!

Langley.

Perfecto.

Justo lo que necesitaba: otro hombre guapo y encantador con el potencial de convertir su vida en un desastre.

—Lord Langley —saludó ella, con una sonrisa perfecta.

Langley miró a Howart con ligera sospecha antes de volver su atención a Daniela.

—¿Te importaría dar un paseo?

Antes de que Daniela pudiera responder, Howart intervino.

—Por supuesto que le importa. Está comprometida.

Daniela se giró hacia él con incredulidad.

—¿Perdón, qué has dicho?

—Tu prometido no puede permitir que pasees con otro hombre.

—No te pertenezco, puedo pasear con quien yo desee hacerlo —dijo Daniela enfadada.

Langley frunció el ceño.

—¿Desde cuándo eres un hombre celoso, Redcliffe? En el pasado hemos compartido señoritas sin que te importase lo más mínimo.

Howart sonrió lentamente.

—Desde que mi futura esposa decidió establecer nuevas reglas. Y ahora, querido Langley me temo que mi prometida y yo debemos seguir con nuestra conversación sobre ver quién logra antes romper reglas.

Escuchar decir aquello a Langley fue todo un descubrimiento para Daniela, ella que lo veía como un hombre correcto, inofensivo, en definitiva lo veía como un buen partido… Escuchar que habían compartido señoritas la dejó boquiabierta.

Daniela quería morirse.

O matar a Howart.

Lo que fuera más conveniente.

—¡ESTO NO ES UN JUEGO! —exclamó ella.

Howart se inclinó y le susurró en el oído:

—Por supuesto que lo es, querida. Y solo hay un ganador.

Daniela había cometido un terrible error.

Uno que le costaría su dignidad.

Uno que le costaría la batalla.

Uno que le costaría… su lista de edictos.

Porque, a pesar de todas sus precauciones, a pesar de su férrea audacia y sus mil intentos de ignorar a Howart Redcliffe, había caído.

Y lo peor de todo: lo había hecho de la manera más ridícula posible.

—Te dije que perderías —dijo Howart con una sonrisa.

Daniela seguía paralizada, incapaz de procesar lo que acababa de ocurrir.

Había tocado a Howart.

Sin querer, por supuesto.

Pero eso no importaba.

Porque la regla número tres de su lista era clara y absoluta:

No tocarlo bajo ninguna circunstancia.

Y, sin embargo, ahí estaba ella, con los dedos aún presionando su pecho con fuerza.

Todo había pasado en un segundo.

Una furia que no pudo contener.

Un intento desesperado por recuperar el control de todo, y un deseo de matarlo.

Y de pronto, su mano había ido a estrellarse directamente contra el firme y sólido torso de su prometido.

¡MALDICIÓN!

Howart no perdió la oportunidad.

—Eres oficialmente una tramposa —susurró.

Daniela lo apartó de un empujón y se llevó las manos a la cabeza.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡Esto no cuenta!

—Por supuesto que cuenta —dijo Howart con total satisfacción.

—¡Fue un accidente!

—Un accidente muy conveniente para ti.

—¡Quería pegarte!

Howart se encogió de hombros con esa expresión insoportablemente engreída.

—El hecho es que me tocaste. Y según tus propias reglas, eso significa que has perdido.

Daniela se sintió al borde de la histeria.

—¡ESTO ES INJUSTO!

—Tú estableciste las reglas, amor mío. Yo solo las hago cumplir.

¡Dios santo, lo iba a asesinar!

Pero no podía rendirse aún.

No cuando su mayor secreto seguía en peligro.

Porque en medio de la conmoción, se había olvidado del verdadero problema:

¡Howart todavía quería descubrir el contenido de su lista!

Y si ya era insufrible sin saber lo que decía ese papel, ¿qué pasaría cuando lo leyera?

Daniela se volvió hacia él con furia.

—¡No vas a encontrar esa lista!

Howart arqueó una ceja, divertido.

—Oh, querida mía… ¿me estás provocando?

Daniela apretó los dientes.

—No te provoco. Es un hecho. Solo te informo.

—Veremos —dijo él.

Daniela giró sobre sus talones y salió disparada en dirección a su casa.

Tenía que esconder ese papel.

Enterrarlo si era necesario. Mejor quemarlo.

Porque si Howart Redcliffe ponía sus manos sobre él… estaría perdida.

Capítulo 16

Howart era un hombre con un objetivo.

Y cuando se proponía algo, nada ni nadie podía detenerlo.

Daniela Everly iba a ser su esposa.

La casa Everly iba a ser suya.

Y todo lo que tuviera que hacer para conseguirlo, lo haría con una sonrisa.

Por eso, cuando salió de la casa de los Everly y se encontró de frente con el tío de Daniela, no dejó pasar la oportunidad.

—Lord Everly —dijo con esa voz tranquila y segura que usaba cuando quería influenciar a alguien—, ha sido un placer verle hoy.

El hombre, que ya de por sí tenía el ego inflado como un pavo real, sonrió con satisfacción.

—Lo mismo digo, joven Redcliffe.

Howart hizo una pausa intencionada.

—¿Sabe? Siempre he admirado esta propiedad. Debe de ser una experiencia maravillosa tener tantas hectáreas a su disposición.

Lord Everly se irguió un poco más.

—Oh, sí, sin duda lo es.

—Debe de ser una suerte increíble poder vivir aquí.

La semilla estaba plantada.

Ahora, solo tenía que esperar a que germinara.

DÍAS DESPUÉS…

Howart y lord Everly coincidieron en la carrera de caballos más esperada de la temporada.

Daniela estaba allí, por supuesto, con su madre y su insoportable dama de compañía, pero Howart tenía otros asuntos que atender.

Se acercó al tío con su copa de brandy en la mano y le saludó con esa familiaridad que usaba cuando quería ganarse la confianza de alguien.

—Me alegra verle aquí, milord.

Lord Everly, que disfrutaba de la compañía de los caballeros bien posicionados, asintió con satisfacción.

—Lo mismo digo, Redcliffe.

Howart esperó el momento perfecto y entonces, como quien no quiere la cosa, lanzó su siguiente jugada.

—Dígame, ¿no tiene pensado dar alguna fiesta en su propiedad? Me gustaría comprobar cuántas personas puede albergar en su interior esa majestuosa mansión.

Lord Everly se llevó una mano a la barbilla.

—Pues… ahora que lo menciona, lo estaba considerando.

Howart ocultó su sonrisa de victoria detrás de su copa.

—Sería un evento inolvidable.

Y así fue como el plan comenzó a dar sus frutos.

—¿Un baile en casa? —Daniela casi se atraganta con su té.

—Así es —respondió su tío con una sonrisa—. Creo que es el momento adecuado para abrir las puertas de Everly Hall a la sociedad.

Daniela intercambió una mirada con su madre.

Esto no era una simple fiesta.

Esto era una estrategia.

Pero… de quién.

Porque aunque su tío adoraba el dinero, no solía gastar en frivolidades a menos que tuviera un propósito.

Y la única persona que había mostrado un repentino interés por su hogar era su insoportable prometido. Pues días después su tío se deshizo del otro interesado en la compra de la mansión.

Daniela apretó los labios.

—¡HOWART! —gritó en su cabeza.

¡ESTO ERA IDEA SUYA!

Daniela no era tonta.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo Howart.

De hecho, era su plan tanto como el de él.

Si su tío iba a vender la casa, al menos que fuera a la persona adecuada. Y esa persona, por sorprendente que fuera, era Howart Redcliffe.

Suponía que era mejor verlo a él paseando por los jardines de Everly Hall que a cualquier otro desconocido con ansias de demoler cada rincón de su hogar.

Pero eso no significaba que le gustara.

Cuando su tío hizo el anuncio del baile, Daniela dejó la taza de té sobre el platillo con un golpe seco y miró directamente a su madre.

Lady Elisabeth Everly no dijo nada, pero sus ojos reflejaban la misma sospecha.

—Un baile… —repitió Daniela con una sonrisa tensa—. Qué… inesperado.

—Creo que es el momento adecuado para abrir las puertas de Everly Hall a la sociedad —dijo su tío, como si fuera una idea repentina y maravillosa.

Daniela no se tragaba ni una sola palabra.

Esto era obra de Howart.

Sin embargo, interpretó su papel a la perfección.

—Oh, qué encantador, tío. ¿Y qué invitados tendrá en mente?

—Oh, lo usual… los Parker, los Langley, los Farington… y por supuesto, lord Redcliffe, tu prometido.

Por supuesto.

Daniela tuvo que contener el suspiro.

Ese bribón se salía siempre con la suya.

Dos noches más tarde:

Daniela lo esperaba.

Sabía que Howart aparecería en cualquier momento para burlarse de ella con su sonrisa arrogante y su encanto natural.

No falló.

—Vaya, vaya, vaya… —su voz la alcanzó como una caricia burlona—. ¿Así que un baile en Everly Hall? Qué sorpresa.

Daniela ni siquiera se giró a mirarlo.

—Ahórrate la actuación, Redcliffe. Sé que es cosa tuya.

—Oh, no me des todo el mérito. Tu tío tiene una gran habilidad para ver oportunidades… cuando se las señalan con claridad.

Daniela se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—Espero que estés disfrutando de tu juego.

Howart sonrió, inclinándose hacia ella con confianza.

—Muchísimo.

Pero el baile aún no ha comenzado, querida prometida.

La noche había comenzado con una tensión apenas disimulada.

Daniela sabía que el destino de su hogar dependía de aquella velada.

Había vigilado a Howart desde lejos, observando cómo se deslizaba entre los invitados con la facilidad de un hombre acostumbrado a moverse en sociedad.

Su tío también parecía de un humor excelente, riendo y conversando con los caballeros más acaudalados de la sala.

Pero nada la preparó para lo que ocurrió después.

—Redcliffe, debo decir que su insistencia me ha convencido. —La voz de su tío, cargada de emoción, la sobresaltó—. Si realmente está interesado en Everly Hall, creo que podemos llegar a un acuerdo ventajoso para ambos.

Daniela sintió que su respiración se detenía.

¿Lo había conseguido?

Se giró hacia Howart, quien la miraba con una expresión de absoluta tranquilidad… pero con ese brillo pícaro en los ojos que la hacía estremecer.

—Lord Everly, me halaga su oferta —dijo él con voz suave—. Seguro que encontraremos el precio adecuado.

Su tío le palmeó el hombro, satisfecho.

—¿Precio? Oh, muchacho, no se preocupe por eso. Estoy seguro de que encontraremos un número que nos haga felices a ambos.

Daniela contenía la respiración.

La casa estaba salvada.

No se lo pensó.

En un arrebato de alegría, sin reflexionar, sin recordar la maldita lista de edictos, nada más ver a su tío alejarse, saltó hacia Howart y lo abrazó.

—¡Gracias!

Él se tensó por un instante. Luego, de forma casi imperceptible, sus manos se posaron en su espalda y la atrajeron un poco más cerca.

—Qué efusiva, prometida mía —murmuró en su oído.

Daniela se separó de golpe.

Oh, no.

Oh, no, no, no.

Había roto un edicto.

Intentó recomponerse, pero ya era demasiado tarde.

La sonrisa de Howart era peligrosa, como la de un depredador que acababa de ver a su presa caer en su propia trampa.

Daniela, que temblaba todavía por la emoción, cometió otro error fatal.

—Te debo mucho, Redcliffe —dijo, con una sinceridad que la traicionó.

Y, antes de poder detenerse, se inclinó y depositó un beso en su mejilla.

El calor de su piel la atravesó como una descarga.

Y entonces lo entendió.

Estaba perdida.

Daniela retrocedió un paso, aturdida.

Su mente gritaba en pánico. ¡Había incumplido un edicto!

Y no solo uno… dos.

Le había abrazado.

Le había besado.

Su mirada voló hasta Howart, esperando encontrar sorpresa o desconcierto.

Pero no.

Lo único que encontró fue su sonrisa.

Esa maldita, ladina, peligrosamente atractiva sonrisa.

—Dime, querida prometida... —su tono era perversamente divertido—. ¿Esto significa que estás dispuesta a incumplir el resto de las reglas conmigo?

Daniela sintió cómo el rubor le subía por el cuello.

—¡No ha significado nada! —espetó, demasiado rápido.

Howart arqueó una ceja, y su sonrisa continuaba ensanchándose.

—¿Nada? —su voz se deslizó como terciopelo sobre su piel—. Si un abrazo y un beso en la mejilla son "nada", entonces tengo muchísima curiosidad por saber qué consideras "algo".

Daniela apretó los dientes y le fulminó con la mirada.

—Esto no es un juego, Redcliffe.

Él inclinó la cabeza, fingiendo pensarlo.

—Oh, pero para mí lo es. —Sus ojos oscuros brillaron con una chispa traviesa—. Y, de momento, voy ganando.

Daniela sintió una mezcla de rabia y algo mucho más peligroso que prefirió no identificar.

Le fulminó con la mirada, se giró con furia y se marchó, pisando fuerte, maldiciendo su propio descuido.

Howart, mientras tanto, se quedó observándola con una sonrisa que no desapareció ni por un segundo.

Sabía que había ganado esa ronda.

Pero el juego apenas acababa de comenzar.

Capítulo 17

Daniela se sentía ligera, como si el peso de sus propios edictos se hubiera desvanecido en el aire con la certeza de lo que, en el fondo, siempre había temido admitir; porque, por primera vez en semanas, no estaba luchando contra sí misma ni contra la realidad que la perseguía incansable en cada mirada, en cada roce, en cada sonrisa de Howart.

Había sido una batalla constante, un forcejeo silencioso entre su razón y su corazón, un intento desesperado por aferrarse a la convicción de que podía controlar lo que sentía, pero ahora, mientras la brisa de la mañana agitaba los visillos de su habitación y la luz dorada del sol acariciaba los muebles con suavidad, se dio cuenta de que ya no tenía sentido seguir huyendo.

Se había enamorado.

No había otra explicación para la manera en que su respiración cambiaba cuando él estaba cerca, para el calor que la envolvía cuando Howart pronunciaba su nombre con ese deje de diversión en la voz, ni para la punzada de celos inesperada que la atravesaba cada vez que otra mujer posaba los ojos en él con descarada admiración.

Y hoy, después de todo lo ocurrido, después de los juegos, los besos, y las caricias que no debieron existir pero que vivían en su piel con la intensidad de un recuerdo imborrable, iba a hacer lo impensable: romper sus propias reglas.

Hoy le buscaría, se detendría frente a él sin evasivas, sin excusas, sin escudos, y le admitiría—quizás sin palabras, quizás solo con un gesto, con una mirada, con esa entrega que jamás pensó que pudiera dar—, que había perdido, que había caído, que el amor la había alcanzado a pesar de su resistencia.

Pero entonces llegó una carta.

Daniela no esperaba correspondencia aquella mañana, y mucho menos de Margaret. Con el ceño ligeramente fruncido, tomó el sobre, rompió el lacre sin darle demasiada importancia y deslizó el papel entre sus dedos, desplegándolo con un atisbo de sonrisa en los labios… una sonrisa que se desvaneció en cuanto sus ojos recorrieron la primera línea.

"Daniela, querida amiga...

Cometí un error. Un error terrible."

"Me dejé llevar. Creí en sus palabras, en sus promesas, en lo que sentía cuando me tomaba de la mano. Pensé que el amor era un refugio, una seguridad… pero ahora sé que es una mentira."

"Se ha ido, Daniela. Se ha marchado con otra. Y yo me he quedado con nada."

"Dime que no has caído. Dime que sigues siendo fuerte. Que no has cometido la misma locura que yo."

"Por favor, dime que aún eres tú."

Las palabras, crudas y desesperadas, perforaron su pecho con la misma precisión de una estocada certera, helándole la sangre, robándole el aire, dejándola inmóvil en medio de la habitación con los dedos crispados alrededor del papel tembloroso.

Margaret…

Margaret, su amiga de la infancia, la muchacha con la que había compartido confidencias en interminables noches de risas, la misma que semanas atrás le había escrito hablándole del amor con ilusión desbordante, ahora no era más que un eco roto de sí misma, una sombra de la mujer que había creído que el amor la salvaría, cuando en realidad la había condenado.

Daniela sintió un escalofrío recorrerle la espalda, uno que nada tenía que ver con la brisa matutina que entraba por la ventana abierta. Había estado a punto de cometer el mismo error.

Había bajado la guardia, había permitido que Howart—ese hombre, ese descarado, ese infame ladrón de besos y suspiros—se colara en su corazón con la misma facilidad con la que lograba abrir la puerta de su vida con una sonrisa socarrona, y ahora, por primera vez, se dio cuenta de cuán peligroso era eso.

El amor no era seguridad, ni refugio, ni salvación.

Era un laberinto sin salida, una promesa vacía, una mentira dulcemente envenenada que Margaret había probado y que ahora la estaba destruyendo.

Su amiga era la prueba de que el amor era la ruina de las mujeres.

Y lo peor de todo es que Daniela había estado a punto de caer en la misma trampa.

El estómago se le revolvió con la súbita comprensión, mientras un torbellino de emociones chocaba en su interior con fuerza. Margaret había apostado todo a un sentimiento y lo había perdido, se había quedado sin nada, y ahora clamaba por ayuda desde las líneas de una carta escrita con la desesperación de quien ha visto desmoronarse su mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Y Daniela había estado a un paso de hacer lo mismo.

Sintió náuseas.

Las voces en su cabeza—esas mismas que había ignorado durante tanto tiempo—volvieron con brutal intensidad.

No te enamores.

No caigas.

No seas una tonta, Daniela.

Y en ese momento, cuando el peso de la realidad cayó sobre ella con la violencia de un golpe seco, supo con total certeza que no podía permitirse seguir en ese camino.

No podía cometer el mismo error.

Porque si lo hacía…

Si se permitía amar a Howart como ya estaba empezando a hacerlo, si dejaba que la atrapara con su sonrisa traviesa y sus manos demasiado hábiles, si bajaba la guardia y cedía, aunque fuera un instante más, al peligroso abismo de lo que sentía…

Sería su fin.

Capítulo 18

Daniela no lo pensó dos veces. Apenas terminó de leer la carta, sintió la urgencia quemándole en la piel, impulsándola a moverse sin detenerse a considerar las consecuencias. Margaret la necesitaba. Y si había algo que Daniela jamás permitiría era que una amiga enfrentara sola el sufrimiento, mucho menos uno provocado por un amor traicionero.

Se envolvió en una capa oscura, bajó las escaleras sin hacer ruido y, con una idea férrea, ordenó al cochero que preparara el carruaje sin dar explicaciones. Sabía que si alguien en la casa descubría su plan, intentarían detenerla, especialmente ahora que estaba comprometida con un hombre tan temerario como Howart. Pero no iba a permitir que nada ni nadie la frenara. No esta vez.

Margaret vivía en Windsor, a casi tres horas de viaje, en una pequeña propiedad que su esposo le había comprado tras la boda. Daniela recordaba cómo su amiga hablaba con ilusión de aquel lugar, describiendo los jardines con cerezos en flor y la biblioteca que se convertiría en su refugio. Ahora, aquel hogar que debía haber sido un santuario no era más que una tumba para los sueños rotos de Margaret.

La noche era cerrada, el viento silbaba entre los árboles y el camino era traicionero, pero Daniela se aferró a la resolución que la había llevado hasta allí. No se detuvo ni siquiera cuando el cochero intentó advertirle que viajar de noche era peligroso; la única imagen en su mente era la de Margaret, rota, abandonada y sola.

Cuando llegó, el silencio que envolvía la casa fue su primera señal de alarma. La mansión estaba oscura, sin más luz que la de una vela temblorosa en una de las ventanas del piso superior. Daniela bajó del carruaje sin esperar ayuda, subió los escalones con premura y golpeó la puerta con insistencia.

—¡Margaret! ¡Abre!

No hubo respuesta.

El corazón de Daniela se apretó con angustia y, sin pensarlo, giró el pomo. La puerta cedió sin resistencia.

Dentro, el aire olía a humedad, pero sobre todo a desesperanza. La casa parecía inhabitable, como si su dueña hubiera abandonado cualquier intento de cuidarla junto con la voluntad de seguir adelante. Daniela subió más escaleras a toda prisa, guiada por el parpadeo de la vela en la habitación principal, y al entrar, la encontró.

Margaret estaba sentada en el suelo, con la mirada perdida en el vacío, sosteniendo en sus manos una camisa de hombre arrugada.

—No era suficiente… —murmuró en un hilo de voz, sin siquiera girar su rostro para verla.

Daniela sintió un nudo en el estómago.

—¿De qué hablas? —le preguntó con calma al verla en aquel estado.

Su amiga dejó escapar una risa amarga, una risa que no tenía ni una pizca de alegría.

—Quizá nunca fui lo suficientemente bonita, ni lo suficientemente encantadora… Quizá nunca me amó por mi culpa…

¡Paf!

El sonido de la bofetada resonó en la habitación.

Daniela no lo pensó. Simplemente lo hizo.

—¡Basta! —exclamó, con voz dura y el corazón ardiendo de rabia—. No vuelvas a decir semejante tontería, Margaret. No eres tú la que no fue suficiente. ¡Es él quien no tuvo el valor de ser un hombre digno de llamarse esposo! Ese hombre no merece ser reconocido como tal, y ojalá que la vida le devuelva el daño que ha provocado.

Margaret se llevó la mano a la mejilla, con los ojos muy abiertos, más sorprendida que dolida.

—Pero…

—¡No hay peros! —Daniela la tomó por los hombros y la obligó a mirarla—. Escúchame bien, porque no pienso repetirlo: ningún hombre vale tus lágrimas. Ninguno. Y mucho menos un necio que no

supo ver la joya que tenía a su lado. Así que espabila, lávate la cara y recuérdate quién eres. Porque juro que si no lo haces tú tendré que ser yo quien lo haga.

Por un momento, el silencio se apoderó de la habitación. Entonces, Margaret comenzó a llorar, pero esta vez no con desesperación, sino con el alivio de quien finalmente entiende que no está sola. Daniela la abrazó con fuerza y Margaret, sin oponer resistencia, se aferró a ella.

Aquella noche, las dos amigas compartieron lágrimas y risas, recuerdos del pasado y confesiones. Recordaron los bailes en Bath, las noches de verano donde soñaban con amores perfectos y los días de infancia en los que creían que el mundo era un lugar justo.

Y cuando el sueño finalmente las venció, abrazadas una a la otra como cuando eran niñas, ambas encontraron un extraño consuelo en una certeza simple pero poderosa: a pesar de todo, aún se tenían la una a la otra.

El amanecer se filtró por las cortinas de la habitación, tiñendo todo con una luz azulada y serena, como si la noche anterior no hubiese estado inundada de lágrimas.

Daniela abrió los ojos lentamente, sintiendo el cuerpo entumecido, pero con una sensación de calma que no había experimentado en días. Margaret dormía a su lado, con la respiración pausada y el rostro relajado, como si, después de esa noche hubiera encontrado un poco de paz.

Pero la paz era un lujo efímero.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte conmigo? —preguntó Margaret con la voz adormilada, mientras se giraba para mirar a Daniela con ojos curiosos.

Daniela no lo dudó ni un segundo.

—Jamás me iré.

El rostro de Margaret se tensó y abrió los ojos completamente, con una expresión de sorpresa que casi le arrancó una sonrisa a Daniela.

—¿Jamás?

—Jamás. Nunca. No pienso moverme de aquí. —Daniela se estiró perezosamente, dejando caer la cabeza sobre la almohada con satisfacción—. A partir de este momento soy una mujer libre, sin ataduras, sin compromisos y completamente feliz.

Margaret arqueó una ceja.

—Eso es… curioso.

—¿Por qué?

Su amiga se incorporó lentamente, cruzándose de brazos, y con una sonrisa socarrona respondió:

—Porque hace semanas, los rumores llegaron hasta aquí. Y según lo que escuché, Daniela Everly está comprometida con un hombre encantador y escandalosamente apuesto.

Daniela bufó con desdén.

—Al cuerno con Howart Redcliffe. Y al cuerno con cualquier ser humano que tenga entre las piernas algo que se le parezca a un miembro.

Margaret soltó una carcajada y se llevó una mano al pecho escandalizada.

—¡Daniela!

—Es la verdad. —Daniela se encogió de hombros—. Desde este instante, soy una mujer soltera, sin compromisos y completamente satisfecha con ello.

—Vaya, qué declaración más apasionada.

—No me mires así, Margaret, lo digo completamente en serio. Estoy harta de todo. El amor es una farsa, el matrimonio una trampa y los hombres unos idiotas.

—Mmm… —Margaret ladeó la cabeza, observándola con sospecha—. ¿Entonces por qué tienes esa cara de que algo no va bien?

Daniela abrió la boca para protestar, pero su amiga la conocía demasiado bien.

—A ver… si todo está tan claro, ¿por qué esa expresión?

—Mi madre.

Y ahí estaba.

El golpe de realidad.

La sonrisa de Daniela se desvaneció al instante. Sintió un vacío en el estómago y su valor y convención se tambaleó un poco.

Porque la verdad era que no podía permitirse ser libre. No cuando su madre dependía de ese matrimonio. No cuando su tío, con su avaricia y falta de escrúpulos, estaba decidido a vender la casa y dejarlas sin nada.

Margaret vio el cambio en su expresión y suavizó su tono.

—Daniela…

Daniela cerró los ojos y dejó escapar un suspiro pesado.

—No puedo dejar a mi madre. Si no me caso, no tendrá dónde ir.

Hubo un silencio. Entonces, Margaret sonrió y, con la seguridad de alguien que acababa de encontrar la solución más obvia, dijo:

—Pues entonces tráela contigo.

Daniela parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—Que se venga a vivir aquí, conmigo, contigo.

La idea la golpeó como un relámpago.

Su madre, lejos de los cuchicheos de la alta sociedad, lejos de las presiones del matrimonio y las habladurías de los familiares ambiciosos… Podría ser libre.

Podrían ser libres.

—¿Lo dices en serio?

Margaret tomó sus manos con una sonrisa sincera.

—Daniela, esta casa es demasiado grande para mí sola. No tengo hijos, no tengo a nadie… pero te tengo a ti. Y tener a tu madre aquí conmigo sería una bendición.

Y en ese momento, Daniela sintió esperanza.

Capítulo 19

Howart Redcliffe no era un hombre que se angustiara fácilmente. Había pasado la mayor parte de su vida disfrutando del caos con una sonrisa arrogante en los labios, confiado en que, sin importar la situación, siempre encontraba la forma de salirse con la suya. Pero aquella mañana, cuando llegó a la casa de los Everly y descubrió que Daniela había desaparecido sin dejar rastro, sintió por primera vez en su vida algo parecido al pánico.

—¿Dónde está? —exigió saber, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, mirando a la doncella que apenas pudo responder con un balbuceo confuso.

Lady Everly también parecía descolocada, su rostro reflejaba más preocupación que sorpresa.

—No ha mencionado que fuera a salir… y mucho menos a estas horas.

Howart se pasó una mano por el cabello, frustrado. Anoche, cuando se despidió de ella, creyó que las cosas finalmente estaban en el camino correcto. Daniela había bajado la guardia, había olvidado por momentos esa absurda lista de edictos, había dejado de luchar tanto contra él, y aunque no lo había admitido con palabras, él lo había sentido en cada mirada, en cada roce menos esquivo, en la forma en que le sonreía cuando pensaba que él no la estaba observando.

—Esto no tiene sentido. —Su voz sonó más tensa de lo que esperaba nadie.

—Tal vez haya ido a dar un paseo —sugirió lady Everly, aunque su tono de voz carecía de convicción.

Howart negó con la cabeza.

—No sin avisar. No sin una escolta. Y mucho menos… sin dejar un solo rastro.

El aire en la habitación se volvió más pesado. Algo no estaba bien. Algo le decía que Daniela no había salido simplemente a tomar el aire.

—¿Y si ha huido? —preguntó lady Everly con voz temblorosa—. ¿Si ha cambiado de opinión y ha decidido… romper el compromiso?

El estómago de Howart se tensó.

No.

No. Daniela no era de las que huían.

La había visto desafiar a toda la sociedad con la cabeza en alto, había visto cómo luchaba por cada cosa que consideraba importante, cómo se enfrentaba a él sin miedo, con el fuego en los ojos y la lengua más que afilada. Daniela Everly no escapaba.

Pero entonces, ¿por qué se había ido sin decirle nada?

—Tal vez… —Lady Everly se interrumpió cuando una de las doncellas apareció en la estancia, sosteniendo un sobre en las manos.

—Milady —dijo, extendiéndole la carta con una expresión en el rostro inquieta—. Esto estaba en la habitación de la señorita Daniela. Parece que llegó anoche.

Lady Everly tomó el sobre y lo miró con el ceño fruncido.

—Es de Margaret.

El nombre no significaba nada para Howart, pero la reacción de lady Everly sí. Su rostro se tornó serio, y cuando abrió la carta y leyó las primeras líneas, su expresión se oscureció.

—Dios mío…

Howart sintió la urgencia de arrebatársela y leerla él mismo, pero se contuvo.

—¿Qué dice?

Lady Everly levantó la vista con preocupación.

—Margaret… es una amiga de Daniela. Hace unas semanas le escribió contándole que se había casado, que había encontrado el amor… pero esta carta es distinta. Parece que algo ha salido terriblemente mal.

—¿Qué es lo que ha salido tan mal? —preguntó Howart con impaciencia.

Lady Everly lo miró con gravedad.

—Su matrimonio, ha salido todo lo mal que puede salir, y lo suficiente para que Daniela haya salido corriendo en plena noche para estar con ella.

Howart sintió cómo la preocupación se transformaba en algo más oscuro.

No podía haber ido muy lejos.

Howart jamás había sido un hombre paciente, y aquella situación estaba sacando lo peor de él.

—Dígame dónde está. —Su voz sonó baja, firme, nerviosa.

Lady Everly parpadeó con desconcierto, pero no se dejó intimidar tan fácilmente.

—Howart, cálmese. Estoy segura de que Daniela está bien.

—¡Si estuviera bien, no habría salido corriendo en mitad de la noche como si la persiguieran los demonios del infierno! —bramó, incapaz de contenerse. Dio un paso adelante, con las manos crispadas a los costados—. Dígame dónde está su amiga, milady. Ahora.

Lady Everly apretó los labios con visible duda.

—Está en Windsor, en la residencia de los Griffith. Es la casa de campo de los padres de Margaret.

Windsor.

Howart giró sobre sus talones antes de que ella pudiera añadir una sola palabra más.

—¿Dónde va? —exclamó lady Everly, siguiéndolo con la mirada mientras él avanzaba a grandes zancadas hacia la puerta.

—A traer de vuelta a mi prometida.

No le importaba si Daniela estaba ayudando a una amiga o si tenía dudas sobre su compromiso. No le importaba qué demonios estuviera pasando por su cabeza en ese momento.

Lo único que sabía era que no pensaba dejarla escapar.

—¡Howart, por el amor de Dios, deténgase!

Lady Everly alzó la voz, logrando que él frenara en seco con la mano ya sobre el pomo de la puerta.

Howart cerró los ojos un instante y exhaló con frustración. No tenía tiempo para esto. Daniela estaba lejos, y cuanto más tardara en alcanzarla, más difícil sería traerla de vuelta.

—Milady, si va a pedirme que tenga paciencia, le advierto que no la tengo.

—No te pido paciencia, Howart. Te pido que intentes entender.

Él frunció el ceño y giró lentamente para encarase a ella. Lady Everly no parecía nerviosa ni tampoco temerosa de su reacción. En su mirada había algo más. Algo parecido a la súplica.

—Daniela no se ha marchado para huir de usted.

—¿No? —bufó, cruzándose de brazos—. ¿Y entonces por qué demonios ha huido sin avisar a nadie?

Lady Everly se acercó y posó con suavidad una mano sobre su brazo.

—Porque su amiga la necesita —explicó con calma—. Porque está destrozada, porque el amor la ha traicionado y porque Daniela, en su infinita bondad, no podía dejarla sola en un momento así.

Howart entrecerró los ojos, intentando descifrar qué más se ocultaba tras aquellas palabras. Había algo más. Algo que la madre de Daniela no decía.

—Y porque… —Lady Everly vaciló, pero finalmente suspiró—. Porque mi hija le tiene miedo al amor, Howart.

Él sintió un ligero golpe en el pecho.

—Eso es ridículo.

—No lo es. Daniela cree que enamorarse significa perder, que el amor es un enemigo que la traicionará en el peor momento. Siempre lo ha creído. Pero ahora, cuando finalmente estaba bajando la guardia, cuando tal vez estaba comenzando a aceptarlo… ocurre esto.

Howart maldijo por lo bajo.

—¿Así que ha visto esto como una confirmación de sus miedos? —preguntó con el ceño fruncido.

Lady Everly asintió con pesar.

—Y ahora está más convencida que nunca de que amar a un hombre solo puede traer dolor.

Howart apretó los dientes. Esa maldita mujer.

Daniela era fuerte, decidida, testaruda como ella sola, pero había algo en lo que era tremendamente ingenua: en creer que podía luchar contra sus propios sentimientos.

Si se pensaba que podría escapar de él solo porque sus miedos la estaban venciendo, estaba muy equivocada.

—Voy por ella.

Lady Everly lo miró con resignación, pero no trató de detenerlo.

Porque, después de todo, quizá Howart era el único capaz de hacerla entender que no se lucha contra el amor… simplemente se cae.

Capítulo 20

El sonido de los cascos de los caballos resonó con fuerza en el camino empedrado mientras el carruaje negro se detenía frente a la casa de Margaret. Margaret, que se encontraba en la entrada, observó con recelo cómo un hombre descendía con prisa, sin esperar siquiera a que el cochero abriera la portezuela.

Era él.

Howart Redcliffe.

El sol de la tarde lo iluminó de tal forma que su figura pareció imponente, con el cabello oscuro revuelto por el viento y la mirada ardiente, fija en la entrada de la casa como si nada más existiera.

Daniela, que lo observaba oculta desde una de las ventanas del piso superior, sintió un vuelco en el pecho. No podía estar allí.

—¿Cómo diablos ha llegado tan rápido? —murmuró, retrocediendo un paso con la respiración acelerada.

Su corazón latía con violencia, como si su propio cuerpo estuviera traicionándola, como si la sola presencia de Howart fuera suficiente para derrumbar todas las murallas que había construido con tanto esmero.

Y aquella mirada...

Cuando sus ojos la encontraron a través del cristal, sintió una oleada de calor recorrerle la piel. Él la estaba buscando. Él la veía.

Pero ella no podía permitirse ceder. No ahora. No después de todo lo que había decidido para su futuro.

Abajo, Margaret había interceptado a Howart en la puerta, bloqueando su paso con los brazos cruzados y una expresión retadora.

—No está aquí.

Howart ni siquiera parpadeó.

—Mientes, sé que está aquí contigo.

—Es una mujer libre y no tiene ninguna obligación de recibirle.

—Y yo no tengo ninguna intención de marcharme sin verla.

Margaret apretó la mandíbula, pero en ese momento, Daniela descendió por los escalones y apareció en la entrada.

El aire pareció espesarse cuando sus ojos se encontraron de nuevo.

Los segundos se volvieron interminables.

Daniela tragó con dificultad, notando cómo su cuerpo entero reaccionaba a su presencia.

Howart, por su parte, pareció quedarse sin aliento. Sus pupilas brillaban con una intensidad contenida, como si estuviera tratando de grabarse cada rasgo de su rostro, como si hubiera temido porque jamás volviese a verla.

Finalmente, él avanzó un paso.

—Daniela.

Ella parpadeó con rapidez y recuperó su postura firme.

—No deberías estar aquí.

—Tampoco deberías haber huido.

—No he huido.

—Oh, claro que sí. —La voz de Howart sonó cargada de ironía—. Si lo que querías era evitarme, lamento decirte que has fracasado estrepitosamente.

Daniela sintió un nudo en la garganta.

—Vete, Howart.

Él ladeó la cabeza, observándola con detenimiento.

—¿Eso es lo que realmente quieres?

—Sí.

El silencio que siguió fue asfixiante para ambos.

Margaret miró primero a uno y después a otro con los labios apretados, hasta que Howart finalmente suspiró y metió una mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Muy bien. Me iré.

Daniela sintió un pinchazo en el pecho, pero no hizo ningún ademán de detenerlo.

¡Qué rápido se había rendido! Pensó.

Sin embargo, antes de marcharse, él tomó su mano con delicadeza y deslizó algo en su palma.

—Léelo cuando estés lista.

Ella frunció el ceño, pero Howart no esperó respuesta. Se dio media vuelta y, sin mirar atrás, se alejó hasta el carruaje y partió.

Daniela permaneció inmóvil, con el papel entre los dedos y la garganta seca.

Algo en su interior le decía que no debía abrirlo.

Porque si lo hacía, ya no habría vuelta atrás.

La noche cayó en Windsor con una serenidad engañosa. Daniela se encontraba sentada junto a la chimenea de la habitación que compartía con Margaret, con la carta aún cerrada en su regazo.

Llevaba horas mirándola.

Horas sin poder decidirse.

Margaret, que la observaba desde el otro lado de la estancia, finalmente bufó con fastidio.

—Por el amor de Dios, Daniela, ¿vas a abrirla o piensas seguir mirándola hasta que se deshaga?

Daniela apretó los labios.

—No lo sé.

—Pues descúbrelo de una vez.

Con un suspiro tembloroso, Daniela deslizó los dedos por el sello de cera y desdobló el papel con cuidado. Su corazón golpeaba su pecho con demasiada violencia.

Y entonces comenzó a leer.

Mi querida Daniela,

Podría escribir páginas enteras tratando de explicar lo que siento por ti y aun así no sería suficiente. No hay palabras en este mundo que puedan describir la forma en que cada uno de mis días gira en torno a la idea de volver a verte, cómo incluso cuando intentas alejarte, sigues habitando en cada pensamiento, en cada suspiro, en cada rincón de mi alma.

Siempre he sabido que eras distinta, que no eras una mujer que se conformara con lo fácil ni que aceptara amar a la ligera. Y por eso te respeto más que a nadie. Pero quiero que sepas algo, algo que jamás debes dudar: no estoy aquí para hacerte daño. No soy uno de

esos hombres que prometen el cielo y luego desaparecen cuando más los necesitas. Estoy aquí. Y quiero estarlo siempre.

Sé que temes lo que el amor puede hacerte, porque has visto a otras mujeres caer ante él y romperse en el proceso. Pero el amor, Daniela, no es una maldición. No es un enemigo al que debas combatir. El amor es aquello que nos hace humanos. Lo que nos hace sentirnos vivos.

Confía en mí.

Confía en nosotros.

Porque si hay algo que tengo claro en esta vida es que no existe otro destino para mí que no sea a tu lado.

Howart.

Daniela sintió que el aire abandonaba sus pulmones cuando terminó de leerla.

Su visión se volvió borrosa y su pecho se llenó de un dolor dulce y aterrador a la vez.

Antes de que pudiera controlar su reacción, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y la carta resbaló de sus dedos.

Margaret, alarmada, se acercó rápidamente y recogió el papel del suelo.

—¿Qué dice? —preguntó con suavidad.

Daniela, incapaz de hablar, solo negó con la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

Margaret leyó en silencio.

Y cuando terminó, su expresión cambió.

Sus ojos, que antes estaban llenos de escepticismo y desconfianza hacia Howart, se suavizaron con comprensión.

Miró a su amiga, sollozando con el rostro entre las manos, y supo la verdad.

Daniela Everly estaba perdida.

Había luchado. Había intentado resistirse.

Pero al final, había caído en la trampa del amor.

Daniela tras pasar la noche en vela, aún con la carta de Howart entre sus manos, decidió que no podía permitir que unas palabras la

doblegaran. No podía ser tan débil, no después de todo lo que había luchado por mantenerse firme en sus principios. Así que hizo lo que mejor sabía hacer: se impuso una nueva norma.

Regresaría a Bath, pero cuando estuviera lista.

Y para estarlo, primero tenía que asegurarse de que Margaret estuviera bien.

Así que pasó semanas a su lado, ayudándola a encontrar una nueva rutina. Salían a caminar por el campo cada mañana, recordaban viejos tiempos, reían cuando Margaret lograba pasar un día entero sin llorar, e incluso Daniela se permitió disfrutar de pequeños momentos de paz.

Sin embargo, no todo era tan sencillo. Había noches en las que Margaret recaía y Daniela la encontraba en el salón, con los ojos enrojecidos y la expresión perdida. Esas noches, Daniela no la dejaba sola. Se sentaba a su lado, le hablaba con voz tranquila y firme, asegurándole que todo pasaría, que ella era más fuerte que cualquier desilusión.

Y funcionaba. Poco a poco, Margaret volvió a sonreír. Un día, incluso confesó que pensaba regresar a su hogar, a su antigua vida, a demostrar que su esposo no la había destruido.

Cuando Daniela escuchó eso, supo que su misión estaba cumplida.

Y entonces, solo entonces, se permitió pensar en su propio destino.

Después de un mes fuera de Bath, llegó el momento de regresar. Y lo que encontró al volver la dejó completamente desconcertada.

Su tío se había marchado. Desaparecido. Sin previo aviso.

Pero lo más impactante no fue eso. Fue ver a su madre todavía en su hogar, como si nada hubiera cambiado.

¿Cómo era posible? ¿Qué había sucedido en su ausencia?

Capítulo 21

Daniela aún no podía creerlo.

Recorrer los pasillos de su hogar, tocar cada rincón con la yema de los dedos y sentir que todo seguía allí, intacto, como si su tío jamás hubiera tenido la intención de venderlo, era una sensación abrumadora.

Pero la verdad golpeó su pecho con fuerza en cuanto su madre le confesó lo que había ocurrido.

—Howart compró la casa.

Dos palabras que hicieron que el suelo se tambaleara bajo sus pies.

No podía ser. No podía haber hecho algo tan descomunal, tan definitivo. Daniela se sintió mareada, atrapada entre la gratitud y el pánico.

¿Cómo demonios iba a pagarle cada penique? Porque lo haría. Tenía que hacerlo.

Sin perder un minuto, se deshizo de su abrigo y salió de casa a toda prisa. Debía verlo. Debía agradecerle lo que había hecho por su madre. Debía dejarle en claro también que esto no cambiaba nada entre ellos.

Cruzó Bath a paso rápido, con la respiración acelerada, el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Cada segundo que pasaba sin verlo la inquietaba más.

Pero cuando llegó a su casa, la sorpresa la golpeó como un balde de agua helada.

No estaba allí.

Howart se había marchado.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Daniela con incredulidad, aferrando el respaldo de una silla como si su estabilidad dependiera de ello.

El mayordomo de Howart carraspeó, incómodo, como si le costara admitirlo.

—El vizconde se ha alistado en el ejército.

Las palabras resonaron en su cabeza, frías y crueles. Daniela sintió que la respiración se le atascaba en la garganta.

Howart se había ido.

Por su culpa.

Por ese estúpido miedo que le impidió verlo como lo que realmente era. Por huir en lugar de quedarse.

Por no darse cuenta a tiempo de lo mucho que lo amaba.

Y ahora, quizá era demasiado tarde.

—¿Cómo que se ha ido? —su voz apenas fue un hilo de sonido.

—Partió hace tres días —le informó la madre de Howart, con una mirada compasiva—. Se ha alistado en la caballería ligera. Forma parte del X Regimiento de Húsares.

Daniela sintió cómo el mundo se tambaleaba a su alrededor. No podía ser… No podía haberlo hecho.

—No, no… —musitó, negando a la vez con la cabeza. Pero entonces, la confirmación la golpeó como un látigo.

—Se encuentra en Portugal, luchando contra los franceses.

El pánico le oprimió el pecho. El suelo pareció desvanecer bajo sus pies y el mareo la sacudió con fuerza. Se llevó una mano a la garganta, sintiendo que el aire se le escapaba.

Howart en la guerra. Howart arriesgando su vida. Howart… lejos de ella.

La visión se le nubló y, antes de poder controlar su propio cuerpo, sus piernas fallaron y cayó al suelo con un sollozo desgarrador.

Capítulo 22

El estruendo de los cañones hacía vibrar el suelo. Howart cabalgaba entre el humo y la pólvora, su sable desenvainado brillaba con la luz de la luna, y la sangre caliente de los enemigos salpicaba su uniforme azul y dorado. Los Húsares avanzaban como un torbellino sobre los franceses.

Gritos. Disparos. Relinchos desesperados.

Entonces, un impacto le golpeó en el costado. No fue una herida mortal, pero el dolor era un incendio en su piel. Perdió el equilibrio, cayó del caballo, se arrastró como pudo sobre la tierra empapada de sangre. El cielo estrellado sobre Portugal se emborronaba ante su mirada aturdida.

Y en ese instante, en la frontera entre la vida y la muerte, solo un nombre resonaba en su mente:

"Daniela."

Semanas después, una carta llegó a Londres. Provenía del frente de guerra y estaba dirigida a la familia Redcliffe. La madre de Howart la leyó en voz alta, con un nudo en la garganta. Era una carta de su hijo, una carta en la que describía la dureza de la guerra, el frío, el hambre, el dolor… pero al final, en las últimas líneas, había algo que lo cambiaba todo, decía que estaba herido, que se encontraba fuera de peligro, pero que no podía regresar a la línea de batalla. Y también había unas preguntas.

"¿Cómo está ella? ¿Ha regresado a Bath? ¿Me recuerda? ¿Me ha olvidado?"

Su madre, después de abrazar la carta entre sus manos y apretarla contra su pecho derramó una lágrima por la alegría de

saber de su hijo, y después miró a Daniela que se encontraba a su lado con los ojos atentos al papel.

El corazón de Daniela tamborileaba en su pecho cuando la madre de Howart le entregó la carta. Leyó nerviosa, se aferró a esas palabras con fuerza, como si fueran la única verdad en un mundo de caos.

Es entonces cuando tomó una decisión. Debía ir a buscarlo.

—Voy a Portugal —dijo con fuerza, pero la madre de Howart la detuvo con firmeza.

—No puedes. No sobrevivirías allí, Daniela. Él regresará cuando pueda hacerlo. Solo espera.

Pero esperar no era algo que Daniela Everly estuviese acostumbrada a hacer, y menos cuando se culpaba de que Howart se encontrase allí.

Capítulo 23

Habían pasado varias semanas desde que se recibió la carta en aquella casa. Cada día era un tormento lento al que resistir. Cada segundo una tortura en la que Daniela solo pensaba en su culpa. Daniela estaba convencida de que si no hacía algo, lo perdería para siempre, pero ni su madre ni la de Howart la dejaban ir a por él.

Y justo cuando estaba a punto de desafiar todas las normas y embarcarse en un barco rumbo a Portugal, una nueva noticia la dejó sin aliento.

—Daniela… —la madre de Howart entró en la sala, con los ojos brillantes debido a la emoción—. Él ha vuelto.

Ella se giró lentamente, por un segundo, su corazón dejó de latir al verlo frente a ella.

Howart Redcliffe estaba en la puerta, cubierto de polvo, con la piel curtida por la guerra, con una cicatriz fresca en la mejilla… y esos ojos oscuros clavados en ella con una intensidad abrasadora de la que no podía escapar

El silencio en la sala fue sepulcral. Nadie se atrevió a moverse, a hablar, siquiera a respirar. Daniela se quedó de pie, con el corazón desbocado, sintiendo que el tiempo se había detenido por completo. Él estaba ahí.

Howart Redcliffe.

Cubierto de polvo, con la chaqueta de oficial del ejército desaliñada, el cabello más largo y una cicatriz fina pero marcada en la mejilla izquierda. Pero seguía siendo él. Su Howart.

Por un segundo, su mirada se encontró con la de él. Y ahí estaba. La misma intensidad de siempre, la misma atracción feroz que ni el tiempo ni la distancia habían podido borrar.

Pero Howart no dijo nada. No se movió. Se había quedado congelado en el umbral, mirándola como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

Daniela sintió un nudo en la garganta, uno que amenazaba con asfixiarla si no hacía algo pronto.

Y entonces, sin pensarlo más, corrió hacia él.

—¡Howart!

No le importaba que la madre de Howart la estuviese mirando, que los criados susurrasen, que esto no fuese lo propio de una dama. No le importaba nada más que él.

Y cuando finalmente se lanzó a sus brazos, sintió cómo Howart exhaló bruscamente, como si el aire le hubiera faltado hasta ese momento.

Los brazos de él tardaron un segundo en reaccionar, pero cuando lo hicieron, la envolvieron con fuerza, con desesperación, con un alivio tan profundo que casi dolió.

—Por Dios, Daniela… —murmuró, enterrando el rostro en su cabello, aspirando su perfume, asegurándose de que era real.

Daniela apretó los ojos, dejando que las lágrimas que se habían negado a derramar durante tanto tiempo fluyesen libremente.

—No vuelvas a hacerlo. No vuelvas a marcharte. No vuelvas a alejarte de mí así.

Howart se tensó ligeramente, pero no la soltó.

—Pensé que te habías olvidado de mí —susurró él con voz ronca.

Daniela se apartó solo un poco, lo justo para mirarlo a los ojos.

—¿Cómo podría?

Y entonces, lo besó.

No había dudas, no había miedos, no había edictos que pudieran salvarla esta vez. Solo estaban ella y él.

Howart respondió al beso con la misma intensidad contenida, como si hubiera esperado ese momento desde siempre. Sus labios se fundieron en una danza feroz, profunda, desesperada. Fue un beso de reencuentro, de promesas silenciosas, de amor absoluto.

Cuando se separaron, Howart la miró con una media sonrisa, con su pulso aún acelerado.

—Dios santo, mujer. Casi muero en la guerra y ahora vas a matarme con tus besos.

Daniela rio entre lágrimas, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que todo estaba en su lugar.

Él había vuelto.

Y esta vez, no iba a dejarlo marchar.

El silencio entre ellos se volvió espeso, como una tormenta a punto de desatarse. Daniela no sabía cuánto tiempo había pasado desde que se lanzó a sus brazos, pero no pensaba soltarlo.

Howart, en cambio, continuaba inmóvil, como si no supiera qué hacer con ella, como si la idea de tenerla entre sus brazos después de todo este tiempo fuera demasiado para asimilar. Él, que siempre había tenido todas las respuestas, ahora parecía perdido.

Daniela no pudo soportarlo más y dijo algo.

—Es tan doloroso… —susurró, con la voz temblorosa.

Él se apartó solo lo justo para mirarla, y frunció su ceño con preocupación.

—¿El qué?

Ella tragó saliva, sus dedos se aferraron al abrigo de su uniforme, como si así pudiera asegurarse de que no desaparecería. De que no se marcharía de nuevo.

—Tenerte y saber que podría perderte. —Sus ojos se volvieron vidriosos, su pecho subía y bajaba con cada respiración agitada—. Es tan doloroso… que casi preferiría no haberte tenido nunca.

Howart se tensó. Sus manos se volvieron firmes en la cintura de Daniela, se crisparon, pero no la soltaron.

—No digas eso.

—Pero es cierto —insistió ella, con un nudo en la garganta—. He intentado de todas las formas posibles convencerme de que no me importabas, de que podría seguir con mi vida sin ti. Que podría olvidarte. Pero fue una mentira. Siempre lo fue.

Howart siguió sin decir nada, su mirada siguió fija en ella, oscura e intensa, como si estuviera absorbiendo cada una de sus palabras. No se apartó en ningún momento de su rostro.

Daniela sintió que estaba a punto de romperse, pero no se detuvo. No ahora.

—He vivido con miedo todo este tiempo. Miedo a enamorarme de ti. A darte mi corazón y que lo destroces. —Apretó los labios, sacudiendo la cabeza—. Pero ¿sabes qué es peor? Pensar en perderte sin haber tenido siquiera la oportunidad de amarte.

Los ojos de Howart se abrieron levemente, y su mandíbula se tensó.

Daniela tembló, pero siguió adelante.

—Si te vuelves a ir, no sobreviviré. No podré soportarlo. —Su voz se convirtió en un susurro, un grito ahogado en su propia vulnerabilidad—. Así que si tienes pensado hacerlo otra vez, dime ahora mismo que no me amas. Que esto no significa nada para ti. Dímelo y me marcharé.

Howart parpadeó, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. Su pecho subía y bajaba, su respiración se volvió errática, como si estuviera conteniendo algo demasiado grande.

Y entonces, de repente, la atrapó entre sus brazos con desesperación, con hambre, con la certeza de un hombre que ha estado a punto de perderlo todo.

—Nunca me pidas que te diga algo así —gruñó contra su cabello—. Porque sería la peor mentira que haya pronunciado jamás.

Daniela se aferró a él con todas sus fuerzas, sintiendo cómo su cuerpo temblaba contra el suyo, cómo su corazón latía con la misma intensidad que el suyo.

—Entonces quédate —murmuró contra su pecho—. Quédate conmigo.

Howart se apartó apenas un instante, lo justo para mirarla a los ojos, y cuando habló, su voz fue baja, ronca y cargada de emoción.

—Nunca tuve intención de irme, Daniela. Nunca. Pero sin ti a mi lado, preferí luchar en la batalla que ver pasar los días aquí sin ti. Ahora que has regresado, nada ni nadie me va a poder separar de ti jamás. Ni esa lista absurda de tus edictos para no enamorarte.

Y entonces la besó.

Fue un beso distinto a los demás. No fue un beso de guerra, ni de esos desafíos a los que estaban acostumbrados, ni tan siquiera fue por puro deseo. Fue un beso que lo dijo todo, que no dejó espacio para la duda ni el miedo. Fue un beso de amor.

Y Daniela se rindió.
Porque ya no quedaba nada más que rendirse a él.
FIN

Books By This Author

UNA INSTITUTRIZ PARA EL HIJO DEL CONDE

La solterona Marianne Stretton debe de reinventarse. Después de vivir con un familiar lejano desde que se quedara huérfana de padre y madre por culpa de un accidente, ahora que ya es mayor de edad ha decidido escapar hacia lo desconocido para lograrse la vida que necesita, y así poder sacar a sus dos hermanas menores de esa casa de esclavitud a la que están resignadas.
La suerte parece estar de su lado cuando recién caída del barco que acaba de atracar en el puerto de Liverpool, escucha una conversación que la llevará justo a donde ella necesita. A la casa del conde de Derby, un tal William Stanley que tras la muerte de su esposa precisa una institutriz con urgencia.
Lo que comenzará como un simple trabajo para Marianne, pues necesita reunir a su familia lejos del detestable Eustace Puddlemere, puede terminar convirtiéndose en algo diferente.
El conde tratará de ayudarla a buscar un esposo respetado entre la nobleza británica, y para ello deberá enseñarle a una dama como es ella, el juego de la seducción, pero entre juego y realidad, algo se les escapará.

CÓMO CAZAR A UN MARQUÉS

Hasta que Juliet no cumpla con su cometido, se tendrá que resignar a seguir viviendo con su tía Olivia Hastings, que salvo el título que le dejó su esposo al fallecer, y una mansión a la que pronto deberá decirle adiós, poco más le pertenece.

Desde niña Juliet siempre estuvo enamorada de Marcus Cavendish, el apuesto, intrépido, descarado y nada tímido hijo del marqués de

Salisbury, pero ella jamás pudo captar su atención, salvo para recibir insultos por su parte y alguna que otra baya estampada en sus ropas. ¿Quizá eran demasiado niños? Probablemente, pero ahora eso ha cambiado. Ella será presentada en sociedad esta temporada, y él acaba de perder a su padre, lo que le convierte en el nuevo marqués de Salisbury. ¿Y qué busca esta temporada el nuevo marqués?
Descubre lo que una mujer es capaz de hacer por conseguir al caballero que la ignoró desde siempre.

CENIZAS EN LAS HIGHLANDS

Arya McWallace es tan solo una joven muchacha que deberá enfrentarse a un viaje, el que la llevará a las sucias manos del mismo demonio, Duncan McDougal, un highlander del clan enemigo.
Puede que esta historia creas conocerla, pero no como deberías, pues esta joven que luchará contra guerreros, sufrirá a manos de un ser despiadado, y encontrará a su príncipe, deberá ayudar también a un hombre que viaja en el tiempo para sanar un corazón despedazado.
Amor y pasión, lucha y engaños, viajes en el tiempo, son algo de lo que vas a encontrar en este maravilloso inicio de saga.

UNA ESPOSA PARA EL BARÓN

"Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al hall, donde todos charlaban animadamente.
Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.
—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.
—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de

una mujer que suavemente levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado. Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.
—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.
Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.
De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca."